

Mato, Daniel. **Cultura, comunicación y transformaciones sociales en tiempos de globalización.** *En publicación: Cultura y Transformaciones sociales en tiempos de globalización. Perspectivas latinoamericanas*
Mato, Daniel; Maldonado Fermín, Alejandro. Abril 2007. ISBN 978-987-1183-66-1

Disponible en: http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/campus/mato/Intro_Mato.pdf

www.clacso.org

RED DE BIBLIOTECAS VIRTUALES DE CIENCIAS SOCIALES DE AMERICA LATINA Y EL CARIBE, DE LA RED DE CENTROS MIEMBROS DE CLACSO

<http://www.clacso.org.ar/biblioteca>

biblioteca@clacso.edu.ar

DANIEL MATO*

CULTURA, COMUNICACIÓN Y TRANSFORMACIONES SOCIALES EN TIEMPOS DE GLOBALIZACIÓN

BASADO EN ESTUDIOS DE CASOS, este texto muestra cómo en el mundo contemporáneo –caracterizado por la creciente importancia de las relaciones entre actores sociales localizados en diferentes espacios nacionales (relaciones transnacionales)– la producción social de ciertas representaciones que juegan papeles significativos, en tanto articuladoras de sentido de las prácticas de organizaciones y movimientos sociales, está marcada de diversas maneras por relaciones transnacionales entre actores locales y globales. A partir del análisis de tales casos, este artículo procura contribuir a la elaboración teórica sobre cultura y cambio social en el mundo contemporáneo, así como criticar la idea de globalización y argumentar acerca de la fertilidad de las categorías “procesos de globalización” (en plural) y “tiempos de globalización”. Adicionalmente, muestra que la dimensión cultural de los procesos sociales contemporáneos no se limita a asuntos relacionados con las “artes”, las “culturas populares” y las “industrias culturales”, y propone la necesidad de estudiar aspectos culturales significativos en otros espacios y prácticas sociales. En consecuencia, con este último aspecto, el texto presenta una manera

* Doctor en Ciencias Sociales. Profesor titular y coordinador del Programa Cultura, comunicación y transformaciones sociales de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad Central de Venezuela (UCV).

de estudiar aspectos culturales en significativos procesos sociopolíticos contemporáneos, como por ejemplo aquellos relacionados con la producción social de representaciones de ideas de identidades indígenas pan-étnicas, “cultura y desarrollo”, “sociedad civil” y “libre comercio”.

Los aspectos culturales de los procesos sociales suelen ser omitidos o subordinados en los análisis reduccionistas y/o deterministas más corrientes, que generalmente están marcados por tendencias economicistas, tecnológico-comunicacionistas, o “politicistas” (aquellas que reducen el análisis a lo político-institucional). Pienso que frente a estos problemas la respuesta no puede ser caer en ninguna clase de reduccionismo alterno o compensatorio, de tipo “culturalista”, sino avanzar en la construcción de perspectivas de análisis más integradas. Centrar el análisis en los aspectos culturales o de producción de sentido no supone adoptar posiciones “culturalistas”, sino examinar con especial atención los aspectos culturales, sin por ello perder de vista que los procesos sociales son complejos y que las divisiones entre “lo económico”, “lo político”, “lo cultural”, “lo comunicacional”, etc. son sólo recursos analíticos que deben manejarse con perspectivas integradoras, ensayando maneras de articular los conocimientos producidos respecto de las distintas dimensiones analíticas de esos procesos.

Lamentablemente, este no es el único tipo de problema que reclama nuestra atención cuando no sólo nos interesa comprender las relaciones entre cultura y cambio social, sino hacerlo de manera específica en el mundo contemporáneo. Existe otro problema vinculado con el uso ligero, descuidado, *apriorístico*, del término “globalización”. Desde comienzos de la década del noventa se ha escrito y hablado demasiado sobre algo que se dio en llamar “globalización”, pero muy frecuentemente ello se hizo de maneras reduccionistas y fetichizadoras que no resultan útiles para los actores sociales. En muchos de estos discursos, la globalización es señalada como la causa de todos nuestros males o, alternativamente, la panacea que resolvería todos nuestros problemas. Sin embargo, no suele explicarse en qué consistiría este término (que a mi modo de ver –y como explicaré en este texto– sería más fructífero conceptualizar a través de dos categorías: “procesos de globalización” y “tiempos de globalización”), sino que simplemente se lo asume como algo dado. El problema reside en que esta ligereza no sólo es característica de los discursos de políticos, economistas y dirigentes sociales, sino también de los de algunos investigadores. Así, es común encontrar estudios que parten de posiciones apriorísticas que en nada ayudan a profundizar el tema. Muchos de ellos no resultan útiles para comprender las formas en las que diversos actores sociales, consciente o inconscientemente, participan en procesos sociales de los que surge más globalización. Esos discursos de la globalización invisibilizan las prácticas de los actores sociales, y no brindan pautas que permitan a

dichos actores concebir formas de participar de manera informada en las transformaciones sociales contemporáneas.

Por ello, el primer objetivo de este texto es señalar los que a mi juicio son los errores más importantes en las formas predominantes de pensar la “globalización”. El segundo propósito es presentar una perspectiva de análisis que pone de relieve la importancia política de la dimensión cultural (es decir, de sentido, o simbólico-social) de algunos “procesos de globalización” particularmente significativos, y ofrecer algunos ejemplos de su puesta en práctica.

Iré presentando esta perspectiva a través del análisis de aspectos parciales de algunos procesos sociales actualmente en curso. Pero además, y de una vez, a través de esos ejemplos también trataré otro problema que me preocupa: ciertas concepciones reduccionistas de la idea de cultura. Aquellas que con la palabra “cultura” hacen referencia, exclusivamente, a lo que otros pensamos que debería llamarse claramente el sistema de las “bellas artes”; pero también aquellas otras que, aunque rompen con las limitaciones de asociar la idea de cultura a la de bellas artes, sólo llegan a incluir en ella otros tipos de prácticas sociales que, según los casos y alcances, suelen llamar “artes”, “culturas tradicionales”, “culturas populares” o “industrias culturales”. Estas denominaciones, aunque amplían el campo de aplicaciones de la idea de cultura, aún refieren sólo a un pequeño conjunto de actividades humanas. Por eso, a través de los ejemplos que utilizaré para presentar esta perspectiva alternativa de cómo ver aquello que llaman “globalización”, estaré a la vez proponiendo una visión más integrada de la idea de cultura; una visión que apunta a poner de relieve los aspectos de sentido, o simbólico-sociales, de todas las prácticas humanas.

Así, la idea de “políticas culturales” que surge de los cambios conceptuales propuestos también resulta ser más amplia e integrada que la utilizada habitualmente. Digo esto porque la idea de políticas culturales que así obtenemos no se limita a designar –como es corriente en algunas concepciones del tema– las políticas de un único tipo de actores sociales (los gobiernos, sus agencias y organismos intergubernamentales) y para un ámbito relativamente restringido y parcial de las prácticas sociales (sea que en este ámbito se incluyan sólo la “artes”, o también las llamadas “culturas tradicionales” y/o “populares”, y/o también las llamadas “industrias culturales”). Esta idea tampoco se limita a designar las políticas de un conjunto más amplio de actores (tal que incluye empresas y organizaciones sociales diversas) pero respecto de un reducido ámbito de prácticas sociales (las relativas a las “bellas artes” y/o las “culturas populares”, “industrias culturales”, etc.). Por el contrario, la idea de políticas culturales que resulta de lo argumentado en este texto es más amplia, en el sentido de que está referida a todos los actores sociales (sean organismos de gobierno, organizaciones comu-

nitarias y otros tipos de organizaciones sociales, empresas, etc.), pero además es, también, más abarcadora, e integra a todo aquello que se relaciona con el carácter simbólico o de sentido de las prácticas sociales, y en particular a la producción de ciertas representaciones sociales que –como mostraré– juegan papeles clave en la constitución de los actores sociales y la orientación de sus políticas y prácticas sociales¹.

LA FETICHIZACIÓN DE “LA GLOBALIZACIÓN”: OBSTÁCULO AL ESTUDIO DE PROCESOS SOCIALES CONTEMPORÁNEOS

Las formas dominantes de representarse la idea de globalización operan como dispositivos hegemónicos y, así, bloquean las posibilidades de formular preguntas de investigación que puedan conducir a interpretar los procesos sociales contemporáneos de otras maneras. Es decir, estas formas de representarse la globalización aparecen como formas de *sentido común* que obstaculizan las posibilidades de formular análisis que no asuman a priori que tal “globalización” sería una suerte de fenómeno suprahumano. De este modo, esas formas de sentido común permiten visualizar posibilidades de intervención en los procesos sociales contemporáneos. Operan como respuestas a priori a preguntas no formuladas, a preguntas que, de este modo, no llegan a formularse, y obstruyen así las posibilidades de investigación (Bachelard, 1976).

La mayoría de quienes “demonizan” la globalización, como la mayoría de quienes hacen su apología, comparten un error de base: fetichizan aquello que llaman “globalización”. Vale decir, lo representan como si se tratara de una suerte de fuerza suprahumana, de dios demiurgo, que actuaría con independencia de las prácticas de los actores sociales. Por ello, no se detienen a analizar cómo participan diversos actores sociales en la producción de formas específicas de globalización.

De manera diferente, pero en definitiva convergente, hay quienes, aun fetichizándola, atribuyen su existencia a factores meramente financieros y/o tecnológicos, es decir, ofrecen interpretaciones reduccionistas, de corte economicista o tecnologicista. Adicionalmente, en estos casos, esos factores acaban teniendo carácter anónimo. Así, se invocan en abstracto “las fuerzas del mercado” o “el poder de las tecnologías”. Como si “el mercado” no fuera una creación humana, resultante históricamente de fuerzas humanas, cuya existencia se sostiene en ciertas instituciones socialmente generadas y se actualiza a través de

1 La idea de políticas culturales que aquí propugno se basa en –y además amplía– la que han propuesto anteriormente otros colegas, cuyos textos puede ser del mayor interés revisar, por sus contribuciones a la crítica de las representaciones dominantes de la idea de “políticas culturales” (por ejemplo, Arizpe, 2001; Álvarez et al., 1998; Martín Barbero y Ochoa-Gautier, 2001; Dagnino, 2004; García Canclini, 1995; 1999; 2001; Garretón, 1999; Ochoa-Gautier, 2002; Yúdice, 1997).

prácticas humanas enmarcadas en esas instituciones, que también son de carácter histórico (vale decir, dinámicas, cambiantes y transformables), guiadas por ciertas formas de representarse la experiencia y sus posibilidades de transformación. O, también, como si las tecnologías actuaran por sí mismas, como si nadie las produjera ni las aplicara. La mayoría de los análisis que señalan algunas fuerzas actuantes tras el fetiche presentan a esas fuerzas como anónimas. Es decir, no muestran ni analizan las prácticas de los actores sociales específicos que las impulsan; de este modo, coinciden con los fetichizadores en no ver las acciones humanas.

En el otro extremo, algunos de quienes comparten la visión simplista que equipara globalización a “libre comercio” representan la idea de globalización como si fuera producto de la voluntad de un número reducido de gobernantes y tecnócratas. Adicionalmente, quienes reducen la idea de globalización a la globalización económica también suelen equipararla a su versión neoliberal, y acaban confundiendo globalización con neoliberalismo y “libre comercio”.

Así, se representan aquello que llaman globalización como un montón de acuerdos económicos orientados por la idea de liberalización de los movimientos de capitales y comerciales –sumados a los propios movimientos de capitales y comerciales que se dan en tal marco jurídico de inspiración liberal y sus consecuencias macroeconómicas– y lo que, a su vez, consideran las consecuencias sociales de las tendencias macroeconómicas. El carácter hegemónico de las interpretaciones económicas del mundo y la vida social es un rasgo saliente de la vida contemporánea. Sin embargo, ello no significa que globalización sea sinónimo de “neoliberalismo”. Por el contrario, necesitamos una aproximación teórica a la interpretación de los procesos de globalización contemporáneos, que nos permita comprender cómo los discursos economicistas –y, en particular, el discurso que se ha calificado como “neoliberal”– se convirtieron en hegemónicos.

El caso es que, como consecuencia de los factores arriba enunciados, en general no encontramos análisis acerca de qué actores sociales toman las decisiones que conducen a tales políticas, a tales movimientos económicos, al desarrollo y adopción de esas tecnologías, ni de cómo lo hacen. Insisto: el principal rasgo de estos discursos sobre la globalización es que los actores sociales no se ven en ellos. Sin embargo, en algunos sí se mencionan actores sociales, pero se los imagina como constituidos por unos pocos individuos conspirando en las oficinas del Fondo Monetario Internacional, o en algún otro espacio inalcanzable semejante.

Lo importante es que, una vez operadas todas estas reducciones, los hablantes o autores en cuestión, dependiendo de su orientación ideológica, concluyen que aquello que llaman “globalización” es o bien

una panacea, o bien la causa de todos los males. El problema es que estas formas de imaginar la globalización, aunque aparentemente contradictorias entre sí, conducen a lo mismo: a ignorar las prácticas de los actores sociales. Y, así, llevan a la parálisis de los actores sociales, cuando asumen que aquello que llaman “globalización” es una suerte de fenómeno suprahumano, o a la alienación fundamentalista de los actores, llamándolos a adherirse incondicionalmente a las reformas “neoliberales”, o a oponerse con el mismo tono fundamentalista no sólo a las reformas “neoliberales” sino también a todo lo extranjero, a replegarse sobre ellos mismos, a aislarse, lo cual resulta especialmente paradójico cuando quienes promueven estas posiciones constituyen uno de los movimientos sociales de mayor alcance mundial.

Es necesario diferenciar cuidadosamente entre lo que podríamos llamar la “globalización neoliberal” y otras formas de globalización, es decir, otras formas de producir interrelaciones de alcance planetario, muchas de las cuales, incluso, se oponen a tal “globalización neoliberal”, pero no por ser anti-reformas neoliberales son menos globalizadoras. El ejemplo más claro de esto es, precisamente, el movimiento de carácter transnacional y crecientemente planetario que se hizo visible con las protestas efectuadas en Seattle, en noviembre de 1999, en ocasión de una reunión de la Organización Mundial de Comercio, y que tanto algunos de sus participantes (no todos), como –y especialmente– los medios masivos de información, han venido llamando “movimiento anti-globalización”.

Como es sabido, luego de Seattle, ese movimiento ha realizado numerosas movilizaciones en muy distantes ciudades del globo, hasta confluír, en enero de 2001, en Porto Alegre, Brasil, donde unas 15 mil personas de todos los continentes se reunieron en el Primer Foro Social Mundial. El encuentro produjo un documento que concluye: “Llamamos a todos los pueblos del mundo a unirse a esta lucha por construir un futuro mejor. El Foro Social Mundial de Porto Alegre es un camino hacia la soberanía de los pueblos y un mundo justo” (Seoane y Taddei, 2001: 205). Se trata de un movimiento globalizador que convoca a “todos los pueblos del mundo”, es decir, a globalizar más, sólo que no lo hace bajo la égida de las ideas neoliberales, sino, precisamente, desde la crítica a ellas. Por eso, en mi opinión, el nombre más apropiado para este movimiento es el que utilizan sólo algunos de sus participantes: “anti-libre comercio” o “anti-neoliberalismo”. Pero lo importante del caso es que este movimiento no es el único movimiento social de carácter crecientemente planetario y, en este sentido, “globalizador”. Hay muchos otros, algunos de ellos más antiguos e importantes, como por ejemplo: el movimiento de derechos humanos; el ecologista; el indígena; el feminista; el anti-racismo; y tantos otros con programas de carácter “progresista”, que también impulsan procesos cada vez más

“globalizadores” (ver al respecto Brecher et al., 2000; Brysk, 2000; Keck y Sikkink, 1998; Moghadam, 2000). Ha sido la existencia de estos movimientos globalizadores lo que llevó a algunos autores a utilizar la expresión “globalización desde abajo” (Brecher et al., 2000).

En otras palabras, la cuestión no es tan sencilla como optar de modo fundamentalista por estar “a favor” o “en contra” de aquello que llaman “globalización”, sino que se trata de analizar los procesos sociales contemporáneos de maneras potencialmente más provechosas, que nos permitan participar consciente e informadamente en ellos. Esa es, precisamente, la intención que orienta mi investigación.

UNA PERSPECTIVA MÁS FRUCTÍFERA PARA INTERPRETAR LOS PROCESOS DE GLOBALIZACIÓN CONTEMPORÁNEOS

A lo largo de este texto, propondré algunos elementos de una perspectiva que estimo puede resultar más provechosa para analizar aquello que llaman “globalización”. Es decir, una manera que pueda ayudar a los actores sociales a comprender qué está pasando y cómo actuar en ese contexto.

Considero que para lograr tal cosa necesitamos, como mínimo, ampliar el rango de nuestra mirada, analizar la complejidad, estudiar las prácticas de algunos actores sociales significativos y cómo estas se relacionan con las de otros actores, y, sobre todo, estudiar en detalle algunos procesos transnacionales de alcance (al menos tendencialmente) planetario, que por lo general involucran relaciones entre actores gubernamentales (frecuentemente llamadas “internacionales”), organismos intergubernamentales (habitualmente denominados también “internacionales”, dado el monopolio que suelen ejercer los gobiernos, en tanto supuestamente son representativos de “naciones”) y no gubernamentales, como, por ejemplo, sindicatos, organizaciones ambientalistas, de derechos humanos, indígenas, etcétera.

Pero una perspectiva de este tipo resulta demasiado amplia, por lo que le agrego un matiz respecto del tipo de “mirada”, y especifico que mi interés es poner de relieve los aspectos culturales, es decir, del sentido, o los aspectos simbólico-sociales de estas prácticas. De todas formas, conviene aclarar que ello no supone asumir que “lo cultural” anda por un lado y “lo político” o “lo económico” por otro. No. Semejante manera de ver las cosas implica confundir lo limitado de nuestras miradas con lo complejo y multifacético de la experiencia social. Sin embargo, es difícil dar cuenta de tal complejidad sin el concurso de varios puntos de vista, pero, sobre todo, sin la conciencia de que cada uno de ellos es necesariamente parcial. Por ello, considero necesario ensayar maneras de trascender los límites de las miradas disciplinarias (es decir, disciplinadas por las disciplinas académicas

establecidas) y desarrollar perspectivas inter y transdisciplinarias que salgan al encuentro de otros puntos de vista, y que, para lograrlo, dejen explícitamente abiertas las posibilidades de complementariedad (he expuesto estas ideas más ampliamente en otras publicaciones, por ejemplo: Mato, 1995; 2001).

Para comenzar, debemos evitar fetichizar la idea de “globalización”. Una forma de empezar a hacerlo es no hablar de “globalización” en singular y casi como si se tratara de un nombre propio (en este caso, presumiblemente, de una suerte de demiurgo), y hablar, en cambio, de procesos de globalización, en plural. La expresión “procesos de globalización” sirve para designar de manera genérica a los numerosos procesos que resultan de las interrelaciones que establecen entre sí actores sociales a lo ancho y largo del globo y que producen globalización, es decir, interrelaciones complejas de alcance crecientemente planetario. Este conjunto de interrelaciones es resultado de muy diversos tipos de procesos sociales, en los que intervienen en la actualidad –y han venido interviniendo históricamente– incontables actores sociales en los más variados ámbitos de la experiencia humana, desde los más variados rincones del globo (amplíe estas ideas en Mato, 1995; 2001).

Pero también debemos dejar de asumir a priori que aquello que llaman globalización es un fenómeno absolutamente novedoso en la historia humana; así evitaríamos pasar por alto que la historia muestra procesos sociales anteriores a los contemporáneos, que también han resultado en el interrelacionamiento tendencialmente planetario entre actores sociales (ver, por ejemplo, Therborn, 2000). A su vez, ello nos permite visualizar la importancia que tienen algunos de esos procesos históricamente anteriores para comprender los rasgos distintivos de los procesos de globalización contemporáneos y las relaciones de poder entre algunos actores sociales que los caracterizan. En efecto, para entender las características de los procesos de globalización contemporáneos, debemos tener en cuenta experiencias históricas complejas e inacabadas como el colonialismo, el desarrollo planetario del capitalismo, el imperialismo y el desarrollo de algunas religiones de alcance planetario. Sólo así, además, podemos tratar de comprender qué es lo peculiar de los procesos de globalización contemporáneos y algunos de sus conflictos y significativas relaciones de poder.

Efectivamente, entre los numerosos procesos de globalización contemporáneos, podemos distinguir algunos cuyos efectos son los que frecuentemente mencionan las maneras predominantes de imaginar la globalización, es decir, esos procesos cuyos aspectos económicos, pero no otros, suelen ponerse de relieve. Pero, a su vez, podemos y debemos ver que esos mismos procesos tienen otras dimensiones además de la económica, y que existen otros procesos muy importantes que, no obstante, habitualmente son pasados por alto por quienes hablan de

“globalización”. Más adelante en este mismo texto presentaré algunos ejemplos ilustrativos, pero antes me parece conveniente caracterizar algunos elementos que, en mi opinión, nos ayudan a desarrollar una aproximación analíticamente más fértil del estudio de la “globalización”. Una aproximación que en lugar de cerrar las posibilidades de interrogación, y por tanto de investigación, las abra.

Veamos, entonces, cuáles serían los elementos de dicho abordaje.

- Me parece oportuno comenzar por hacer notar que entre las numerosas aplicaciones del vocablo “globalización” es posible observar un elemento subyacente común: la idea de que, para los habitantes del planeta, este habría devenido –o estaría deviniendo– un lugar único; ello se expresa, por ejemplo, con metáforas como la de “aldea global”, o la afirmación de que las restricciones de espacio y tiempo han perdido importancia, y ejemplos semejantes. En conexión con esto, podríamos acordar que la idea de globalización suele relacionarse con la existencia y/o intensificación de interrelaciones e interdependencias de alcance planetario.
- Sin embargo, en primer lugar, podemos notar que tal interrelacionamiento, aunque notablemente avanzado, no es un fenómeno acabado sino en desarrollo; y, en segundo lugar, que la historia de estas interrelaciones es muy antigua. Si se intentara datar la historia de estas interrelaciones, algunos seguramente pensarían en el así llamado “descubrimiento de América”, otros en los más antiguos lazos entre Europa y Asia, pero lo cierto es que, desde este punto de vista, todos los imperios y federaciones de pueblos de la antigüedad en todos los continentes también supusieron avances hacia la construcción de interrelaciones tendencialmente planetarias; y, en este sentido, hacia la globalización. Considero que lo importante no es datar el inicio de aquello que llaman globalización, sino comprender que se trata de un fenómeno inacabado y muy antiguo, es decir, de una tendencia histórica. Aproximarnos a su estudio de esta forma permite que nos formulemos una pregunta de investigación potencialmente muy fértil: ¿qué sentido o importancia tiene que en la actualidad se hable y escriba tanto sobre la globalización? Aún no intentaré responder a esta pregunta. Me ocuparé de ella unas páginas más adelante, porque antes necesito especificar algunos otros elementos de la aproximación analítica que propongo.
- Si digo que aquello que se ha dado en llamar globalización es una tendencia histórica, es necesario especificar una tendencia a *qué*. Y entonces, consistentemente con lo planteado, diré que es

una tendencia histórica al interrelacionamiento entre actores sociales geográficamente distantes y anteriormente no vinculados. ¿En qué consisten esas interrelaciones? Se trata de interrelaciones múltiples que los actores sociales construyen a través de sus prácticas sociales. Y como existe una variedad infinita de actores y prácticas sociales, históricamente estas interrelaciones resultan multidimensionales, vale decir, involucran las habitualmente denominadas dimensiones “económica”, “política”, “cultural” y “social”. Esta multidimensionalidad no debería sorprendernos, puesto que –como sabemos– estas dimensiones sólo constituyen parcelamientos analíticos y no esferas separadas de la experiencia humana. En otras palabras, tales parcelas no existen por sí mismas, sino que han sido construidas por las disciplinas analíticas e instituciones asociadas, y crecientemente se ha asumido su existencia autónoma, más allá de los discursos.

- Si aceptamos que las interrelaciones surgen de las prácticas sociales de los actores, entonces aquello que llaman globalización, es decir, la tendencia histórica a la interrelación, es el resultado de procesos sociales en los cuales los actores se forman, transforman, colaboran, entran en conflicto, negocian, etcétera.
- Un detalle importante para aclarar la terminología que empleo es que, desde que comienzan a existir los estados nacionales, puede decirse que esas relaciones entre actores son inter o transnacionales, dependiendo de quienes sean los actores involucrados. Así, serán relaciones internacionales si quienes las sostienen son los gobiernos, asumiendo que estos, al hacerlo, representan a las naciones o sociedades nacionales en su conjunto. En tanto, si entre quienes las sostienen hay algunos actores no gubernamentales (se trate de las así llamadas “organizaciones no gubernamentales” o de empresas, sindicatos, etc.), entonces esas relaciones podrían llamarse –como en efecto suele hacerse– “transnacionales” (Keohane y Nye, 1971). Así, podemos decir que esas interconexiones resultantes de procesos sociales suponen el desarrollo tanto de relaciones internacionales como transnacionales.
- Ahora sí, retomemos la pregunta que he dejado pendiente, la que planteaba que si la tendencia a la globalización es un fenómeno tan antiguo, ¿por qué en la actualidad se habla y escribe tanto sobre ella? En mi opinión, que se hable y escriba tanto sobre globalización prueba, de manera ineludible, una sola y muy importante cuestión: que el tema está en las conciencias de numerosos individuos a lo largo y ancho del globo. En otras palabras, sólo prueba que en la

actualidad existe algo que podríamos llamar *formas de conciencia de globalización*. Su existencia es sumamente significativa, con independencia de cualquier consideración acerca de si podría calificarse de “falsa” o “verdadera” –disquisición que carece de importancia para el presente análisis. Lo relevante del caso es que esa *conciencia de globalización* es un fenómeno tan generalizado que numerosos actores sociales en todo el planeta actúan, es decir, desarrollan sus prácticas sociales, en el marco de esa *conciencia*. Es la asunción de la existencia de procesos de globalización lo que explícitamente otorga sentido a sus prácticas, y esto es lo importante. Ahora bien, lo que no carece de importancia es que tal *conciencia*, aunque sumamente generalizada, no por ello es homogénea. Podemos diferenciar entre distintas formas de esa conciencia de globalización, distintas formas de representarse y representar la globalización, como, por ejemplo, las que podríamos llamar apoloéticas, y esas otras que podríamos denominar demonizadoras, ya que estas distintas formas dan sentido a diferentes prácticas.

- Considero que la existencia de una “conciencia de globalización”, o, dicho de manera más adecuada, la existencia de *diversas formas de conciencia de globalización*, constituye el rasgo más distintivo del presente histórico, al que, por esta razón, me parece pertinente denominar “tiempos de globalización”.
- El segundo rasgo distintivo del presente histórico, es decir, de estos “tiempos de globalización”, es que, *por primera vez en la historia*, las interrelaciones de las que veníamos hablando *tienen un alcance casi planetario*. Y ello se debe a varios factores: el alcance casi planetario del sistema de producción e intercambio de mercancías y servicios, asociado al papel articulador que juegan las corporaciones transnacionales; la creciente difusión y utilización de ciertas tecnologías comunicacionales; el *casi fin* de los imperios coloniales y de la división del planeta asociada a ellos; el *casi fin* de la Guerra Fría y de la división del planeta asociada a ella²; y el crecimiento de organiza-

2 Incluyo el modificador *casi* al aludir al presunto fin de los imperios coloniales y la Guerra Fría porque, lamentablemente, ni uno ni otro fenómeno han acabado por completo. Aún existen posesiones coloniales en América y, además, el período colonial ha dejado marcas muy importantes tanto en las sociedades ahora ex coloniales en América y otros continentes, como en las ahora ex metropolitanas. Las marcas coloniales en las sociedades latinoamericanas resultan significativas en muchos sentidos, pero en particular para comprender los procesos de producción social de identidades indígenas a los que me refiero en este texto. Por otro lado, la matriz de la Guerra Fría aún orienta las políticas de algunos gobiernos. A pesar de que, tras la disolución de la Unión Soviética en 1991, los gobiernos de Estados Unidos y Rusia anunciaron el “fin” de este régimen, este “fin” no ha acabado de desmontar todos sus mecanismos ni de

ciones dedicadas a desarrollar y expandir relaciones que, según los casos, llamamos internacionales (entre agencias gubernamentales e intergubernamentales) o transnacionales (cuando al menos uno de los actores participantes es una organización de carácter no gubernamental, con o sin fines de lucro).

- El asunto del desarrollo de nuevas organizaciones internacionales y transnacionales resulta de gran importancia para nuestro análisis. Tanto es así que, en mi opinión, constituye en sí mismo el tercer rasgo distintivo de estos tiempos de globalización. Se trata de organizaciones que desarrollan sus prácticas más allá de los llamados espacios nacionales. Se dedican, precisamente, a generar interrelaciones y trabajar a partir de ellas, y su desarrollo es expresión de la mencionada conciencia de globalización, y viceversa. Conviene aclarar que hablo de “nuevas” organizaciones y de su crecimiento, porque organizaciones de este tipo han existido desde tiempos inmemoriales, aun cuando antes estaban específicamente dedicadas a la religión, la guerra, el comercio, etc. Sin embargo, se han producido cambios importantes. Actualmente, no sólo existen muchas más –y cada vez más–, sino que las hay en prácticamente todos los ámbitos de la actividad humana; todas ellas constituyen el rico y variado universo de los *actores globales*³.

revertir todas sus secuelas. Por el contrario, todo parece indicar que ciertas secuelas y marcas todavía tienen vigencia en diversas áreas del planeta, o bien adquieren nuevas formas.

3 Utilizo la expresión genérica *actores sociales transnacionales* para referirme combinadamente a cuatro tipos de actores, que para algunos propósitos del análisis resulta necesario diferenciar, respecto del alcance geopolítico de sus prácticas: *actores globales*, cuando estas se desarrollan a nivel mundial o, al menos, casi mundial; *actores regionales*, cuando se desarrollan en una región supranacional específica; y, según los casos, *actores nacionales* y *locales*, cuando tienen como ámbito de acción una ciudad, aldea, municipio o provincia específica, pero ocasional o habitualmente participan en *redes transnacionales*. Según el contexto, utilizo simplemente el calificativo de *locales* o *nacionales* para referirme a estos dos últimos tipos de actores de manera sintética. Empleo la expresión *actores globales*, de manera amplia, cuando a efectos del análisis la diferenciación entre *actores globales* propiamente dichos y *actores regionales* no resulta significativa. Conviene enfatizar que el carácter global de los actores globales sólo alude al alcance de sus prácticas, no al del espacio principal de formación de las representaciones y valores que guían sus programas y políticas, que suele tener significativos referentes geopolíticamente más restringidos. Uso el calificativo *transnacionales* para referirme a las prácticas y relaciones que involucran la participación de, al menos, un actor no gubernamental, para diferenciarlas de las prácticas y relaciones llamadas *internacionales*, calificativo que habitualmente se utiliza para designar las de organizaciones gubernamentales e intergubernamentales. Dentro de los parámetros de este esquema de análisis, no tiene sentido asumir que los actores locales y nacionales serían “buenos”, mientras que los globales serían “malos”. Por ejemplo, una corporación minera o petrolera de las que típicamente contaminan el ambiente es tan *global* como la organización Greenpeace y otras semejantes dedicadas a combatir estos casos. Adicionalmente, debe notarse que algunas organizaciones racistas abiertamente criminales son *locales*.

Así, frente a la imagen hegemónica de una globalización que se nos vendría encima por una suerte de “mandato de los dioses”, la perspectiva de análisis que presento pone de relieve, entre otros elementos de los presentes tiempos de globalización, la importancia y alcance de las interrelaciones inter y transnacionales establecidas por actores sociales (tanto locales como globales), la existencia de formas de conciencia de globalización que estimulan el establecimiento de esas interrelaciones, y las prácticas de ciertos actores que con diversos tipos de intereses –incluso contradictorios entre sí– se especializan en incentivar y establecer tales interconexiones.

Veamos, entonces, algunos ejemplos ilustrativos de las características y multidimensionalidad de los procesos de globalización contemporáneos.

LAS MAQUILADORAS

Las maquiladoras son plantas de montaje establecidas por corporaciones transnacionales de diversas ramas (textiles, automotrices, electrónicos, etc.) en países donde se pagan bajos salarios, para realizar el ensamblaje final de partes provenientes del exterior, y así obtener productos finales que son reexportados casi sin pagar derechos aduaneros. Las maquiladoras comenzaron a establecerse en el norte de México en la década del setenta. En 1995 existían más de 3 mil plantas maquiladoras en México, que empleaban a más de 900 mil trabajadores, y, aunque el 81% de ellas se concentraba en la zona fronteriza con Estados Unidos, su presencia ya no se limitaba a ella. Pero, además, para entonces las maquiladoras empleaban a unos 200 mil trabajadores en sus plantas en Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua (Red de Solidaridad de la Maquila, 1995). También las hay en República Dominicana, así como en países del Sudeste Asiático, donde se han expandido aún más; de hecho, recientemente esta región ha desplazado a México como lugar de preferencia.

Numerosos estudios realizados sobre las maquiladoras ponen de relieve aspectos económicos del asunto, así como problemas relacionados con el pago de muy bajos salarios, contaminación ambiental, atropellos al personal e impactos negativos en su salud, que no podemos dejar de mencionar. Sin embargo, en esta oportunidad me interesa poner de relieve algunos aspectos culturales asociados al establecimiento de las maquiladoras. En primer lugar, debe tenerse en cuenta que, en no pocas ocasiones, para numerosos trabajadores de estas plantas, su relación con ellas implica su incorporación –por primera vez– al mercado de trabajo en el marco de una relación estrictamente salarial (e impersonal respecto de la experiencia anterior de algunos de ellos de trabajar en pequeñas empresas familiares, o al menos propiedad de residentes “visibles” de la misma localidad). Esto ocurre porque numerosas maquiladoras em-

plean como mano de obra asalariada a personas que hasta entonces se dedicaban a tareas agrícolas (sólo en ocasiones en el marco de relaciones salariales), o a la costura y otras actividades no agrícolas, pero de manera artesanal o en pequeñas empresas. Así, estas empresas inducen cambios muy importantes en la organización y los hábitos de trabajo y de vida de la gente. Estos cambios no sólo tienen que ver con los tipos de tareas que realizan las personas, sino también con que en muchas ocasiones estas pasan del trabajo individual, en solitario, en pequeños talleres o en la tierra, al trabajo industrial, donde muchos individuos trabajan bajo un mismo techo, de maneras coordinadas e interdependientes, con rutinas prefijadas, horarios rígidos, frecuentemente rotativos, en condiciones que generalmente afectan su salud, además de sus hábitos de vida. Pero no sólo eso: muchas de estas empresas ofrecen empleos que suelen ser tomados por mujeres jóvenes (en México, el 70% de las trabajadoras de las maquiladoras son mujeres, la mayoría de entre 16 y 24 años de edad; en Guatemala, el 90% son mujeres), que hasta entonces no tenían empleo remunerado, sino que participaban en empresas familiares sin recibir pago alguno. De esta manera, se alteran los modos de organización de la vida familiar y las relaciones de poder en el seno de las familias (estos cambios son significativos, independientemente de si uno los considera positivos para las relaciones intergenéricas o intergeneracionales). También cambian las pautas de consumo de estos trabajadores, el tiempo disponible para alimentarse, los alimentos que pueden prepararse o tomarse en ese tiempo, la disponibilidad de efectivo para hacer compras, el tipo de ropa que necesitan o desean usar, los productos de las industrias del entretenimiento por los cuales se interesan, etc. (Green, 1995; Peña, 1997; Red de Solidaridad de la Maquila, 1995; Reygadas, 2002).

Obviamente, los cambios apuntados en el párrafo anterior no son simplemente económicos, sino también sociales y culturales. Estos cambios no sólo son producidos por las empresas transnacionales. Las empresas eligen un cierto lugar para establecer su maquila, y no otro, porque se dan ciertas condiciones, algunas de las cuales se relacionan con procesos macroeconómicos que responden a decisiones de actores sociales no sólo globales sino también nacionales, y que se expresan en las políticas económicas. Estas políticas, en última instancia, responden a ideas de “desarrollo”, “progreso” y/o “modernización”, referentes que no son sólo económicos sino, a la vez, políticos y culturales, y no sólo nacionales, sino globales (ver Escobar, 1998). Pero en esto no cuentan solamente factores y decisiones de orden global y nacional, también existen decisiones de actores municipales, estatales, provinciales o departamentales (según los países), que acuerdan permisos de instalación, promueven regímenes impositivos preferenciales (muchas maquilas operan en “zonas francas” u otros tipos de marcos preferenciales), facilitan el entrenamiento de los trabajadores, obvian regulaciones –o, al menos, controles– sobre el cuidado

del medio ambiente, la salud de los trabajadores y sus derechos sindicales, etc. Además, también participan de estos procesos las personas que acuden a las empresas en busca de empleo, lo que se relaciona, en parte, con la inexistencia o falta de atractivo de otras opciones de empleo en la zona, como así también con las formas de organización del trabajo en dicha zona, el régimen de tenencia de la tierra, las preferencias y valores de la propia gente que busca empleo en estas empresas, etc. Lo que deseo poner de relieve es que, detrás de una inversión y de todo lo cultural y político que la acompaña, existen personas y organizaciones que toman decisiones. No se trata meramente de una cuestión de impersonales mercados. Y, por lo tanto, es preciso estudiar estos procesos en toda su complejidad, incluyendo el análisis de las formulaciones de sentido que operan como condiciones subjetivas de posibilidad, así como las políticas culturales (es decir, lo simbólico-social) de los diferentes actores.

Existe un aspecto adicional que me interesa destacar a propósito del ejemplo de la maquila, y que además resulta de interés para otros ejemplos que presentaré en las próximas páginas. El ejemplo expuesto muestra que no estamos simplemente ante un caso en el cual una “decisión económica” produce “efectos políticos y culturales”, como podría interpretarse desde una visión economicista y el supuesto básico que la haría posible: que los hechos sociales serían de carácter unidimensional, meramente “económicos”, simplemente “políticos” o sólo “culturales”. Por el contrario, con el análisis anterior pretendo demostrar que la decisión de inversión no es simplemente “económica”, y también que no la toman sólo y unilateralmente los inversionistas. Esta toma de decisión es compleja, y depende de los diversos factores sociales y culturales ya enunciados (y, según los casos, también de otros). Así como depende de factores sociales y culturales, y no tan sólo de factores económicos, el hecho de que la gente opte por trabajar en la maquiladora. Sin duda, de uno y otro lado operan factores económicos, pero también políticos y culturales (por ejemplo, las representaciones de ideas de “desarrollo”, “bienestar” y “consumo”, la legitimidad de formas de propiedad de la tierra cuya historia es eminentemente política y cultural, el sistema de partidos políticos e instituciones políticas, las ideas políticas, las relaciones de poder históricamente construidas entre grupos sociales en los espacios territoriales en cuestión y transnacionalmente, las ideas que tiene la gente acerca del bienestar y la felicidad, etc.). Considero innecesario repetir este argumento de complementariedad de miradas: simplemente, invito a tenerlo presente cuando comente otros ejemplos.

MCDONALD'S

Veamos ahora un ejemplo de otro tipo. Uno de los símbolos más usados para representar visualmente la globalización es el logotipo de la empresa

McDonald's. Para muchos, los McDonald's son el paradigma de la globalización porque, en esa visión, McDonald's significa hamburguesas; y hamburguesas significa "gringos"; y, para quienes ven las cosas de esta manera, "globalización" significa que todos acabaremos por parecernos a los "gringos". Desde luego, la visión que equipara las ideas de globalización y de homogeneización es tremendamente simplista, como lo ilustran no pocos estudios (ver, por ejemplo, Appadurai, 1996; Featherstone, 1990; García Canclini, 1995; 1999; Mato, 1995; 2002c; Therborn, 1999).

Más allá de ello, el asunto es que McDonald's no es sólo hamburguesas, ni sólo la Coca Cola o Pepsi Cola que las acompañan. No. Además es "comida rápida", y esto no quiere decir solamente que los clientes comen en forma rápida una comida de ciertas características, lo cual ya implica un cierto tipo de cambio cultural, sino que hay toda una organización del trabajo y la empresa que sostiene y posibilita que la comida esté disponible rápidamente, y que lo hace de determinada manera. Y este modelo de organización del trabajo, así como los principios de productividad e identificación con la corporación y los valores que los inspiran y hacen posibles, constituyen quizás el producto cultural más importante que promueve McDonald's. Significativamente, lleva a cabo esta tarea entre los numerosos jóvenes que, en muchas ciudades del mundo, comienzan allí su inserción en el mercado laboral. Pero no sólo eso, sino que además el caso McDonald's se ha transformado en un paradigma de formación en no pocas escuelas universitarias de administración y/o negocios, en particular de América Latina. A través del estudio del caso McDonald's, los estudiantes, futuros empresarios o gerentes de empresas, entran en diálogos –que deberíamos estudiar– con particulares sistemas gerenciales y, a través de estos, con valores y representaciones.

No obstante, la complejidad del caso McDonald's no termina allí, pues junto con la hamburguesa, la Coca Cola y la organización del trabajo, en sus promociones de "cajitas felices" y similares la empresa incluye muñecos de plástico relacionados con las más recientes producciones de las industrias cinematográficas de Hollywood. Es decir, de una vez se asocian las industrias del entretenimiento, que algunos colegas incluyen dentro de la categoría de "industrias culturales", con las del juguete, que en general no se consideran en esa categoría, como tampoco suelen incluirse las actividades que desarrollan empresas como McDonald's. Por eso, llegado a este punto me parece necesaria una breve digresión para introducir algunas consideraciones críticas sobre las ideas de "industrias culturales" y "consumo cultural", que por lo demás vienen utilizándose crecientemente en los estudios sobre cultura y globalización.

BREVE DIGRESIÓN: PARA UNA CRÍTICA DE LAS IDEAS DE “INDUSTRIAS CULTURALES” Y “CONSUMO CULTURAL”

Desearía comenzar por afirmar claramente que tanto la categoría “industrias culturales” como la expresión “consumo cultural” me parecen inconvenientes, por las razones que explicaré en las próximas páginas, independientemente de que al amparo de ellas se hayan realizado y continúen realizándose valiosas investigaciones, que no pretendo invalidar con esta crítica de tipo conceptual. Habría que evaluar, en cada caso, hasta qué punto o de qué modos la crítica a esos conceptos fundantes afectaría las investigaciones en cuestión.

Al expresar esta objeción, mi mayor interés es destacar tres consecuencias básicas del uso del adjetivo “cultural” para designar a ciertas industrias y consumos en particular: nombrar como “culturales” sólo a ciertas industrias y consumos opaca el carácter cultural de todas las industrias y consumos; esta denominación tiende a crear una ilusión de semejanzas entre muy diversas industrias y consumos, unificando y disimulando diferencias significativas que, quizás, son aún mayores en el caso de la idea de “consumo cultural”, en la cual algunos autores no sólo incluyen los consumos de los productos de las “industrias culturales” sino también otros, como por ejemplo la asistencia a teatros, galerías de arte, museos y establecimientos semejantes; utilizar esta denominación para industrias y consumos tiende a dotarlos de una suerte de estatus privilegiado, de una cierta “aura”.

El principal problema reside en que las aplicaciones que se hacen de estos términos usualmente están demasiado asociadas a la idea de “artes”, aunque en general sus referentes son algo más abarcadores. Habitualmente incluyen a ciertas industrias y al consumo de sus productos: gráficas y editoriales (aunque con frecuencia se obvia analizar la relación que escritores y otros creadores tienen con ellas), radio, cine y televisión, y en algunos casos se amplía la idea para incluir de manera abarcadora a los medios de comunicación y algunas industrias de entretenimiento y espectáculo (no a todas, ya que los autores que normalmente utilizan el término no incluyen al deporte empresarialmente organizado como espectáculo), etcétera.

Por otra parte, como he afirmado anteriormente, bajo la idea de “consumo cultural” también suele incluirse la asistencia a museos, teatros, y otros. Pero si prestamos atención al origen de estas dos ideas, no debería extrañarnos que abarquen sólo a estos tipos de actividades. Ambas fueron acuñadas, aunque en singular –“industria cultural” y “consumidor cultural”, junto a la de “bienes culturales”– por Max Horkheimer y Theodor Adorno, en 1947, en su libro *Dialéctica del Iluminismo*.

Estos autores estaban preocupados por la formación de lo que denominaban alternativamente una “cultura de masas” (en ocasiones llamada en el texto “arte de masas”) y por el papel que le atribuían de “atrofiar la imaginación”, operar como “instrumento de dominación”, etc., así como por el empobrecimiento que esta suponía en relación al “arte burgués”, no-industrial (Horkheimer y Adorno, 1979). En este último aspecto, la obra guarda continuidades con un conocido texto de Walter Benjamin, “La obra de arte en la época de la reproducción mecánica”, que data de 1936. En mi opinión, y como suele ocurrir, una y otra obra quedan relativamente atrapadas dentro de lo que critican, o de lo que explícitamente constituye su sistema de referentes; en este caso, la idea de “arte”. Ello puede constatarse revisando uno y otro texto. Más allá de sus diferencias, la idea de “arte” está allí permanentemente, como referente, aun cuando en el de Horkheimer y Adorno no se comente ni incluya como referencia bibliográfica el de Benjamin. Considero que esta referencia de origen explica, en buena medida, las limitaciones de este concepto.

Desde entonces, el concepto ha sido apropiado y adaptado a la aparición de nuevas “industrias” por numerosos autores, y quizás la diferencia más significativa sea su utilización en plural –“industrias culturales” (Mattelart y Piemme, 1982)–, pero esta no le quita su marca de origen, la idea de “arte”, ni tampoco parece suficiente para superar las marcas del tiempo.

No obstante esta referencia de origen, lo más importante es, a mi juicio, que esa manera de ver las “industrias culturales” resulta muy limitada. Porque en algún sentido –y quiero plantearlo muy enfáticamente– *todas las industrias son culturales*, es decir, socio-simbólicamente significativas, algunas de maneras más obvias que otras. Digamos que, como mínimo, habría que aceptar que las industrias de la alimentación, el vestido, el maquillaje y el juguete también son “culturales”, o al menos lo son tanto como las del cine y la televisión, la música, la editorial y las gráficas. Afirmando esto porque la importancia de unas y otras en tanto productoras de sentido, de simbolizaciones sociales, de representaciones, es comparable, así como también lo son las formas en que los sujetos se apropian de sus productos para producir sentido, crear significaciones.

Piénsese, por ejemplo, en la importancia de la industria del juguete en la formación de representaciones de ideas de género, clase, grupo social, etc., en la cual, por supuesto, no puede soslayarse la influencia de los modos de consumo/utilización de sus productos en contextos sociales específicos. De manera análoga, reflexiónese acerca de la significación de las industrias del vestido y el maquillaje en la producción de representaciones de identidades y diferencias de género, étnicas, de clase o grupo social, etc., asuntos a considerar nuevamente en relación

con los modos de consumo de sus productos, y ello en contextos sociales específicos. Piénsese en la industria de la alimentación, en sus productos, en los modos de consumo de estos, debidamente contextualizados, y su papel en la producción de representaciones de identidades y diferencias étnicas, de clase o grupo social, etcétera.

Es por ello que el uso del término “industrias culturales” me resulta problemático, y me parece que al fin y al cabo podría aplicarse a todas las industrias, con lo cual la adjetivación perdería sentido. Así, prefiero utilizar denominaciones específicas descriptivas de distintas ramas de la industria, como por ejemplo del entretenimiento, de la alimentación, de comunicaciones, del vestido, del maquillaje, del libro, del cine, de la televisión, de la música, del juguete, etc. Aunque, como sabemos, existen solapamientos e integraciones entre las diferentes industrias, que de hecho sólo pueden estudiarse si renunciamos a “empaquetar” algunas de ellas todas juntas, pues, al hacerlo, las articulaciones frecuentemente se pierden de vista; sólo se invocan, y no se convierten en focos de análisis.

De manera análoga, estimo que debemos revisar también la idea de “consumo cultural”. Toda modalidad de consumo es cultural, es decir, simbólicamente significativa y contextualmente relativa. Responde a una cierta “forma de sentido común”, o a un sistema de representaciones compartido entre las personas de determinados grupos sociales o poblaciones humanas. También, y de manera convergente, todo consumo reproduce o construye esa particular forma de sentido común, o bien contribuye a cuestionarla y producir otras alternativas. El carácter “cultural” de las prácticas de consumo no depende de qué se consume, sino de cómo se consume. Si queremos destacar que ciertos consumos construyen sentido de manera muy saliente, al menos cuando se los compara con otros, entonces deberemos observar con más cuidado y notar que esa manera más saliente no depende simplemente de *qué*, sino de *cómo*, se consume aquello que se está consumiendo en particular.

Aquello que puede ameritar que ciertos objetos y/o prácticas de consumo, en contraste con otros, lleven el atributo/adjetivo de “cultural” no depende de lo consumido, sino del sentido que quienes consumen y se relacionan con ellos les atribuyen. Un mismo objeto o sistema de objetos, por ejemplo los de una vitrina comercial o los expuestos en una sala de museo, puede ser consumido de maneras distintas, con sentidos distintos, por diversos actores. Hay quienes miran vitrinas cual si fueran escaparates de museos, y también quienes hacen lo opuesto. Y más aún, estas maneras y sentidos pueden ser orientados consciente o inconscientemente para sentir/marcar/desafiar representaciones de identidades y diferencias sociales. La producción de sentido involucrada en esas prácticas de consumo puede ser más o menos consciente o inconsciente, y quizás esta diferenciación respecto de la

intencionalidad de ciertas prácticas de consumo pueda ser más significativa que los objetos pasivos de esas prácticas: es cuestión de analizar casos específicos. Por lo demás, esta argumentación y potencialidad interpretativa se aplican por igual a productos de las industrias del vestido, el maquillaje, la alimentación y el juguete, y a los de las del cine, la televisión, el libro, el espectáculo, las comunicaciones, los museos, etc. Pero podríamos ir aún más lejos y aplicarlas a todas las industrias y consumos: piénsese en la importancia “cultural”, simbólico-social, del automóvil, y de paso también en su impacto en las formas de organización de nuestras vidas; y así sucesivamente con otras industrias y consumos. Sin embargo, dejaré aquí esta digresión para retomar la línea principal de mi exposición (para una argumentación mucho más amplia respecto de la idea de que “todas las industrias y consumos son culturales”, ver Mato, 2002a).

MÁS SOBRE LA PERSPECTIVA PROPUESTA PARA INTERPRETAR LOS PROCESOS DE GLOBALIZACIÓN CONTEMPORÁNEOS

Como es sabido, todas estas industrias –las convencionalmente llamadas “culturales” y esas otras que he mencionado en la digresión anterior– no sólo son “culturales”, sino que también son industrias. Planteo esta obviedad para resaltar que, así como al comentar el ejemplo de la maquila mostrábamos el “lado cultural” de una actividad usualmente vista sólo como “económica”, también debemos considerar el “lado económico” de las actividades que generalmente son vistas sólo como “culturales”. Y esto no se limita a las “actividades culturales” que llevan a cabo las empresas, sino que se extiende a las que desarrollan por su propia cuenta los creadores, los promotores culturales, las organizaciones comunitarias. Todas las prácticas de los actores sociales –sean estos empresas, organizaciones gubernamentales o no gubernamentales– involucran a la vez aspectos económicos, culturales y políticos. Y al decir que todas involucran aspectos o dimensiones políticas, quiero significar que todas expresan y tienen consecuencias en las relaciones de poder establecidas, ya sea reforzándolas o alterándolas⁴.

4 Quisiera evitar un posible malentendido: al afirmar esto no estoy diciendo ni que todas esas modalidades organizativas mencionadas sean lo mismo, ni tampoco que todas busquen el lucro, ni que todas deben manejarse con “criterios de mercado”. No. Sólo estoy diciendo que necesitamos una visión integrada de lo cultural, lo económico y lo político para poder analizar lo que está pasando. Porque sólo así nos resultará posible comprender las relaciones que se dan, por ejemplo, entre las industrias del entretenimiento (es decir, las de la música, la televisión, el cine, el video, la producción de espectáculos, etc., las cuales cada vez más funcionan de manera integrada, o al menos de maneras concertadas) y las personas que habitualmente llamamos los creadores, y entre todos estos y sus públicos.

Para comprender qué está sucediendo en estos tiempos de globalización y cómo actuar en ellos, es necesario poner de relieve esta complejidad y analizarla de manera particular ante cada situación en la que pretendemos intervenir, ya sea en forma directa o mediante la aparentemente inofensiva actividad de investigación y publicación. Y esto no sólo por responsabilidad ética y política, sino también por su potencialidad epistemológica: de esa visión integrada surgen preguntas de investigación impensables desde otras perspectivas.

Sin esta visión integrada, resulta difícil comprender por qué, por ejemplo, la industria latinoamericana de la telenovela tiene las características que tiene. Por qué produce los tipos de productos que produce; por qué, aunque por un lado procura exportar, y por tanto lograr la comprensión e interés de públicos transnacionales (es decir, a través de las fronteras), no obstante sus temáticas y estilos son muchas veces marcadamente locales; por qué estas industrias están produciendo en Miami, etc. Sin una visión que examine los aspectos “culturales” en forma articulada con los económicos y sociales, se torna complicado entender por qué, y sobre todo cómo, la transnacionalización de la industria de la telenovela incide en las características de las telenovelas que produce; lo cual, contra todo prejuicio, no se ha expresado en una suerte de *miamización* homogeneizante del género en su conjunto, como suele afirmarse un tanto a la ligera y sin ofrecer pruebas, sino simplemente en la aparición de algunas telenovelas que transcurren en Miami e incorporan la vida de migrantes latinoamericanos en esa ciudad (y, por extensión, en EE.UU.), así como ha habido y sigue habiendo otras que transcurren en otros lugares de referencia para sus públicos, lugares específicos de América Latina. En este aspecto, las telenovelas colombianas y brasileñas constituyen ejemplos particularmente significativos de tematización y localización familiar para sus públicos “nacionales” y además resultan crecientemente exitosas a nivel internacional.

¿Y por qué no se produjo la *miamización* total del género, sino sólo la aparición de telenovelas o escenas situadas en Miami, mientras subsisten y se multiplican las ubicadas en espacios latinoamericanos? En primer lugar porque, según lo han explicado numerosos productores de telenovelas a quienes entrevisté en mis investigaciones, para que una telenovela se exporte, ante todo, debe tener éxito en su mercado local (este suele ser el argumento de venta más importante que los productores pueden plantear a sus potenciales compradores), y este éxito depende mucho de las posibilidades de identificación del público con la historia y los personajes. Es en el mercado local donde se recuperan los costos de producción de una telenovela: la exportación viene después, y a precios que por sí mismos no cubren los costos de producción, sino sólo y con creces los de las copias y su distribución (Mato, 1999; 2002c).

Se trata de una peculiaridad que sólo presentan ciertos tipos de productos, ciertamente los del cine y la televisión, entre otros, aunque es también el caso de la industria de la música, pero existen diferencias que no es posible comentar en este espacio (para un estudio al respecto, ver Yúdice, 1999). En todo caso, los televidentes hispanoparlantes de EE.UU. llevan años viendo telenovelas mexicanas, y complementariamente venezolanas y otras, y más recientemente colombianas, y, como cualquier otro público, también demandan telenovelas con más sabor local. Pero además, y en conexión con la propia existencia de estos migrantes en territorio estadounidense, los públicos con residencia en países latinoamericanos que tienen familiares o vecinos que han migrado a EE.UU. se multiplicaron y diversificaron. Y allí es donde aparecen las telenovelas que se denominan “miameras”. Y una vez que aparecen, como ocurre con cualquier otra telenovela, también se ven en América Latina. O quizás debería decir “en el resto de América Latina”. Porque, después de todo, aquello que llaman globalización no es un fenómeno unidireccional, sino que juega en múltiples direcciones; y así, en ciertos sentidos, EE.UU. está cada vez más penetrado por América Latina –y no sólo viceversa–, salvo que de diferentes maneras. De este modo, América Latina no termina en la frontera mexicano-estadounidense, sino que se extiende también más allá. Existe una población de más de 30 millones de hispanoparlantes en ese país, que no sólo constituye un apreciable segmento de mercado, sino también una fuerza política y cultural muy importante, como lo han puesto de manifiesto las más recientes campañas electorales en EE.UU. Esto resulta cada vez más obvio tanto allá como acá, pero esta no es la oportunidad para entrar en detalles acerca de la producción de representaciones de identidades “latinas” y “latinoamericanas” que abarcan poblaciones asentadas fuera de los espacios geográficos controlados por los estados latinoamericanos; he examinado el tema en publicaciones anteriores (Mato, 2002b; 2002c; 2006a).

En estos tiempos de globalización, la dimensión cultural de lo habitualmente asumido como simplemente “económico” y la económica de lo habitualmente asumido como simplemente “cultural” no se limitan a los ámbitos de las actividades humanas que hemos analizado en estas páginas, sino que están presentes y tienen importancia política en muchos otros. Esto es así, por ejemplo, en el caso de las relaciones que establecen las organizaciones indígenas de América Latina entre sí y con organizaciones ambientalistas y de otros tipos que actúan a escala planetaria, así como también respecto de las relaciones frecuentemente conflictivas que entablan entre sí estas organizaciones, los respectivos gobiernos nacionales y algunas corporaciones transnacionales. La próxima sección está dedicada a examinar un par de ejemplos al respecto.

PRODUCCIÓN Y CIRCULACIÓN TRANSNACIONAL DE
REPRESENTACIONES DE IDENTIDADES “INDÍGENAS” E IDEAS DE
“CULTURA Y DESARROLLO”

Antes de entrar de lleno en el análisis de algunos ejemplos que remiten a relaciones entre organizaciones indígenas y actores sociales basados fuera de las sociedades nacionales de las que los respectivos pueblos indígenas forman parte, y dado que con cierta frecuencia estas organizaciones son tildadas de “anti-patrióticas” por desarrollar esos tipos de relaciones, parece necesario enfatizar que las relaciones entre organizaciones indígenas de un cierto país y organizaciones de otros países encuentran su razón de ser en que frecuentemente constituyen casi el único recurso que les ha quedado a las organizaciones indígenas para defender los derechos de sus pueblos, que, como sabemos, han sido y continúan siendo agredidos, discriminados, excluidos. Por eso mismo, estas organizaciones han tenido que aprovechar al máximo las posibilidades que les abren las relaciones con organizaciones hermanas de otros países, así como también con cualquier otro tipo de organización dispuesta a apoyar sus demandas. La manera de evitar que para estas organizaciones acabe resultando imperioso cultivar este tipo de vinculaciones es repensar y reorganizar nuestras respectivas sociedades nacionales, haciéndolas verdaderamente incluyentes, de modo de corregir los mecanismos de exclusión que motivan el desarrollo de estos lazos que tanto preocupan a algunos sectores sociales y gobiernos.

En este contexto, Felipe Tsenkush –un destacado dirigente del pueblo indígena Shuar, de Ecuador, y, al momento de la entrevista, autoridad máxima de la Federación Shuar-Achuar– me refirió irónicamente que cada vez era más difícil ser dirigente indígena. Relató que, primero, hubo que aprender el idioma y las leyes de los conquistadores; con el tiempo, hubo que aprender a viajar en avión; luego, aprender a enviar un fax; y ahora había que aprender a usar el correo electrónico. Como quiera que sea, las organizaciones indígenas se mueven cada vez más y mejor a nivel global.

En 1994 tuve la oportunidad de estudiar el Programa Cultura y Desarrollo (C&D) del Festival de la Vida Folklórica “Americana” –por estadounidense– (Festival of American Folklife) organizado por la Smithsonian Institution y la Inter-American Foundation (IAF), en la ciudad de Washington. Este evento involucró la participación de dieciocho organizaciones de siete países latinoamericanos, catorce de las cuales eran organizaciones de pueblos indígenas dedicadas a luchar por los derechos políticos y territoriales colectivos de sus pueblos, y a proyectos de desarrollo en las áreas de turismo, agricultura, artesanías, educación y comunicaciones, que suelen recibir denominaciones tales como etnoturismo o turismo cultural (según los casos), etnoagricultura, et-

noeducación y otras semejantes que en general giran en torno a ideas de “cultura y desarrollo”⁵.

Conviene tener en cuenta que este festival –como usualmente ocurre con eventos de este tipo– no fue un acontecimiento puntual. Su preparación conllevó más de un año de acciones específicas, tanto por parte de las organizaciones estadounidenses que lo organizaban como de las organizaciones indígenas participantes. Además, existen indicadores de la larga duración de algunos de sus efectos, como por ejemplo el establecimiento de relaciones de trabajo entre algunas de las organizaciones locales participantes, algunas iniciativas negociadas –durante los días del Festival– con varias organizaciones no gubernamentales transnacionales con sede en Washington, el Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo, el Departamento de Energía de EE.UU., y comerciantes autodenominados “alternativos” de artesanías y productos orgánicos, así como la realización de un evento relacionado –el Encuentro Intercultural por el Desarrollo y la Identidad Plurinacional–, en Quito, en 1996, organizado por algunas de las organizaciones participantes en el Festival con apoyo de las dos agencias estadounidenses involucradas.

Mi investigación me permitió concluir que los diálogos que habían posibilitado tanto esas relaciones anteriores, como el desarrollo mismo del Festival y los intercambios posteriores, descansaban en ciertas maneras de interpretar la experiencia que podemos llamar representaciones sociales⁶. Según he podido observar, estas representaciones, a la vez que hacían posibles esos diálogos, eran también objeto permanente de disputas y negociaciones, que contribuían a transformarlas constantemente. Pues bien, estas representaciones sociales

5 He examinado diferentes aspectos del Programa Cultura y Desarrollo de la Smithsonian Institution y la Inter-American Foundation en publicaciones anteriores, cuya lectura puede contribuir a obtener una visión más abarcadora del mismo (Mato, 1998; 2004a).

6 Para los propósitos de la línea de investigación en la que se basa este artículo, he definido la idea de representaciones sociales –de manera operativa y sin pretensiones generalizadoras– como formulaciones sintéticas de sentido, descriptibles y diferenciables, producidas por actores sociales como formas de interpretación y simbolización de aspectos clave de su experiencia social. En tanto unidades de sentido, las representaciones sociales “organizan” la percepción e interpretación de la experiencia, del mismo modo en que lo hacen, por ejemplo, las categorías analíticas en las formulaciones teóricas. Así, en mi concepción, y a diferencia de la formulación de Serge Moscovici, las categorías analíticas constituyen un tipo particular de representaciones. Puede pensarse en las representaciones sociales como las palabras o imágenes clave dentro de los discursos de los actores sociales: son aquellas unidades que, dentro de estos, condensan sentido. Así, orientan y otorgan sentido a las prácticas sociales que esos actores llevan a cabo en relación con ellas, y son modificadas a través de tales prácticas. He desarrollado más extensamente esta idea, y comentado su relación con algunas teorías de las representaciones sociales, en otras publicaciones (ver Mato, 2001).

son, sin duda, un elemento muy importante de aquello que se suele llamar “cultura”. Y lo son aunque de ellas no se ocupe de manera explícita y deliberada ningún “ministerio de cultura”, ni ningún otro tipo de oficina gubernamental; aunque no sean objeto explícito de ninguna “política cultural” gubernamental, ni tampoco sean ninguna “industria cultural”; y aun cuando tampoco suela incluirse en investigaciones sobre “culturas populares”. Hago estos señalamientos en tono irónico para apuntar las limitaciones de las visiones o usos más corrientes de las ideas de “cultura” y “políticas culturales”.

Por ejemplo, las presentaciones públicas y documentos exhibidos o suministrados por Indígenas de la Sierra Madre de Motozintla (ISMAM, una cooperativa de productores de café en el estado de Chiapas, México) y El Ceibo (cooperativa de productores de cacao en la región del Alto Beni, en Bolivia) permitían observar la importancia de redes transnacionales que vinculan a productores, intermediarios y consumidores de productos agrícolas obtenidos mediante técnicas que se representan no sólo como de agricultura orgánica, sino además de carácter “indígena tradicional”. Resulta irrelevante para este análisis que estas técnicas sean o no “tradicionales indígenas”, cualquiera sea el sentido que pudiera atribuirse a tal carácter⁷. Lo importante y significativo es que este carácter “tradicional indígena” se convierte tanto en un argumento para la venta, como en un sentido para la compra. Es la representación de estos productos como “tradicionales indígenas”, y de sus productores como “indígenas tradicionales” que responden a las presiones hacia la “modernización” de manera crítica, cuidando el medio ambiente y valorizando sus técnicas “tradicionales” de producción, lo que aquí resulta significativo. Y arguyo que es significativo porque estimula y/o refuerza ciertos modos de autorrepresentación.

Lo interesante para el análisis que nos ocupa es que estos modos de representación se cultivan y refuerzan mediante las prácticas de todos los participantes en la red: productores, intermediarios y consumidores de cacao y café orgánico, para los dos casos en cuestión. Así, este proceso involucra no sólo la participación de las dos cooperativas, sino también de intermediarios y consumidores “conscientes” y dispuestos a hacer valer su poder de compra para “hacer una diferencia” (*to make a difference*, como suele decirse en inglés). Pero, además, es precisamente la valoración de lo “tradicional indígena” –ya no como conservación, sino como recurso para el desarrollo– lo que ha justificado que la IAF apoyara a estas organizaciones por años, y que hayan sido incluidas en este Programa del Festival de la Smithsonian Institution, la institución

⁷ No es posible extenderme aquí en el análisis de las ideas de “autenticidad” y “tradición”, lo cual he hecho en algunas publicaciones anteriores (ver, por ejemplo, Mato, 1995).

museística más importante y poderosa de EE.UU., que es a la vez una prestigiosa institución de investigación. Apunto estos detalles acerca de la Smithsonian Institution para llamar la atención, a través de este ejemplo, sobre la trascendencia de la participación en estas redes y procesos no sólo de organizaciones ambientalistas, de consumidores conscientes, de “cooperación y desarrollo”, etc., sino también de museos e instituciones de investigación. La inclusión de estas organizaciones en el Festival implica, entre otras cosas, la posibilidad de que vean reforzado su sistema de representaciones por diversos tipos de público y otros participantes en el Programa que visitan sus áreas de exhibición, así como la de que sirvan de “modelo” a otras organizaciones que integran el Festival, mostrando prácticas “tradicionales indígenas” –o “populares”, según los casos– aplicadas en otras áreas de actividad (artesanía, turismo, etc.) como recursos para el desarrollo.

A su vez, estas dos organizaciones indígenas también reforzaron con su interés las prácticas de etnodesarrollo (o cultura y desarrollo, según los casos) de organizaciones participantes dedicadas al etnoturismo (o turismo cultural, según los casos) y la producción de artesanías indígenas o populares. Eventualmente, estas últimas también pueden servir de modelo a aquellas, a la vez que tienen oportunidad de ver reforzado su camino por el público. No estoy implicando que haya algo “bueno” ni “malo” en estos reforzamientos y estímulos, sólo destaco este aspecto de dichas relaciones. De todos modos, aquí no terminan los estímulos y reforzamientos, sino que hay más. La IAF contrató a un experto en comercialización internacional de productos indígenas y populares para que asesorara a estas organizaciones durante el período del Festival. Para ello, se realizaron un breve taller y varias reuniones y consultas con dicho experto, en cuestión asesoró a las organizaciones, entre otras cosas, acerca de cómo legitimar y hacer valer mediante aspectos de la producción y comercialización la condición “indígena” o “popular” de sus productos, sean estos artesanías, servicios turísticos o productos agrícolas. Dicho experto resultó ser una persona vinculada a lo que en inglés se denomina *alternative trade organizations*, es decir, organizaciones de “comercio alternativo”. Estas organizaciones, que desde hace tiempo florecen en EE.UU. y Europa, tienen incluso una federación internacional que las agrupa, y están tan afianzadas en la materia que el experto, aun hablando en público, utilizaba con toda familiaridad el acrónimo ATOs (que deriva, precisamente, de *alternative trade organizations*) para referirse a ellas. En los últimos tiempos, muchas de estas organizaciones emplean un eslogan que simultáneamente realza su posición y critica la política del libre comercio: *Support the fair trade alternative*. Esto significa “apoye la alternativa del comercio justo”, pero, como en inglés “libre comercio” se dice *free trade*, la oposición de términos resulta obvia. En las manifestaciones del movimiento

–que algunos denominan “anti-globalización”– realizadas en Seattle y otras ciudades del mundo en los últimos años, también se destacaron consignas y carteles que, de diversos modos, expresaban: *No free trade, but fair trade* (“No libre comercio, sino comercio justo”). Esto interesa, precisamente, en relación con la complejidad de vinculaciones entre estos fenómenos particulares y los procesos de globalización de más amplio alcance que he señalado arriba.

Existen numerosas ATOs; quizás una de las más conocidas es “Pueblo to People”, que se especializa en intermediar productos orgánicos artesanales y agrícolas de América Latina. Su nombre, establecido en forma bilingüe, se traduciría como “de pueblo a pueblo”, pero a la vez implicando que el primero de estos es de hispanoparlantes y el segundo de angloparlantes. El catálogo primavera 1996 de esta organización (el más reciente que había llegado a mis manos al momento de realizar la investigación en la que se basan estas páginas) mostraba dos titulares significativos: “Una mezcla práctica de ricas tradiciones: ropa, artículos para el hogar y comida desde América Latina” y “Una organización sin fines de lucro dedicada a vincular cooperativas agrícolas y de artesanos con usted” (traducción propia en ambos casos). Reitero que no pretendo sugerir que haya algo negativo en la existencia y actividad de este tipo de organizaciones, sólo deseo ilustrar cómo ciertos aspectos de los procesos de globalización en marcha operan estimulando lo que se asume o construye como “tradicional”. Más aún, pienso que, desde un punto de vista económico, es favorable que estas organizaciones existan, y que un experto como el mencionado haya sido contratado durante el Festival. Ahora bien, desde concepciones –digamos– sociopolíticas o estéticas, no es sencillo sacar conclusiones, que podrían llegar a ser sumamente polivalentes.

Algunos aspectos de esta polivalencia son claramente ilustrados por las declaraciones durante el Festival que emitió Giselle Fleurant, directora del “Comité Artisanal Haitien”, una organización no gubernamental de Haití dedicada a facilitar a los artesanos de ese país la exportación de sus artesanías. Reiteradamente durante las reuniones realizadas con el experto, así como en numerosos otros encuentros mantenidos durante el Festival, y también en la entrevista que le realicé, Fleurant sostuvo:

A mí me preocupa que, al exportar artesanías, los compradores, el mercado, van pidiendo formas y colores que modifican el producto tradicional [sic]. Los artesanos se van transformando en mano de obra para satisfacer los gustos de los consumidores. Pero en cualquier caso, está resultando una poderosa herramienta para obtener fondos para esos grupos sociales (traducción propia).

Seguramente, estas palabras se entenderían con más claridad observando los catálogos de algunas ATOs.

Veamos un último par de ejemplos que ilustran otros aspectos de la polivalencia sociopolítica, ya no de las prácticas de las ATOs sino, más en general, de cierta celebración del vestuario como signo de la etnicidad que propiciaba el ambiente del Festival, y que de diversas formas promueven otros contextos y coyunturas.

El primero de estos ejemplos se relaciona con la opción productora de ingresos exhibida durante el Festival por la propuesta de la Asociación Nativos de Taquile, una cooperativa de indígenas quechua-hablantes de la isla de Taquile, en el lado peruano del Lago Titicaca, habitada por unas 1.200 personas. Los taquileños han combinado de manera provechosa el “etnoturismo” con la producción y venta de artesanías. Para ello, adoptaron un vestuario sumamente vistoso y colorido, que sostienen es prehispánico⁸. Además, afirman ser descendientes de los incas. Otro detalle de interés es que los músicos taquileños, como los de otros pueblos del altiplano, han adaptado su poderosa y expresiva música al patrón de duración que permiten los festivales musicales de los que participan en Perú y el exterior, de tres a cinco minutos, en lugar de la larguísima extensión de estas músicas en sus contextos de origen.

En el curso de sus presentaciones públicas en el Festival, los taquileños parecían muy conscientes del contexto y los espacios de interculturalidad y negociación de sentido que este involucraba. Uno de ellos, Alejandro Flores Huatta, llegó a afirmar en varias ocasiones: “yo soy un museo viviente”, lo que resulta sugestivamente “conversante” con el marco discursivo la Smithsonian Institution (organizadora del Festival), y a su vez se relaciona con el hecho de que la mayor parte de los componentes de la Smithsonian son precisamente museos en el sentido convencional de la palabra, es decir, producen exhibiciones. Esto nos dice algo respecto de cómo unos discursos se alimentan de otros, o, en todo caso, cómo las representaciones de unos actores son apropiadas por otros.

Los taquileños ya no mueven a los turistas hacia su isla en las “tradicionales” y lentas balsas de totora (especie vegetal que se da en las orillas del Lago Titicaca), sino en embarcaciones de madera –destacando que ellos mismos las construyen– que impulsan con motores de explosión importados, rumbo a moradas donde la electricidad es provista con paneles solares, también importados. Los taquileños han hecho de este sistema de representaciones todo un circuito de producción económica, y un modo de vida.

⁸ Con posterioridad a la investigación en la que se basan estas páginas, el arte textil de Taquile fue declarado “Obra Maestra del Patrimonio Oral e Inmaterial de la Humanidad” por la UNESCO.

El ejemplo de los taquileños debe tomarse en cuenta conjuntamente con la interpretación que, de su propia experiencia en el Festival, realizaron Manuel Ortega y Facundo Sanapí, representantes otro pueblo indígena, el pueblo emberá, en este caso de la parte panameña de la región del Darién. Ambos participaban en el Programa como representantes de un proyecto de mapeo para la legitimación de la ocupación indígena de su territorio frente a las autoridades panameñas. Su espacio de presentaciones en el Festival consistía en una sobre-estructura de tubos metálicos y lona blanca abierta al público hacia adelante (semejante a algunas de las demás estructuras provistas por el Festival), dentro de la cual se exhibían fotos, mapas y una maqueta de su territorio. Sus demostraciones explicaban cómo hacían el mapeo y cómo negociaban la legitimación de su territorio.

Estas no atraían tanto público ni concitaban tan entusiasta participación como las de los taquileños y otras organizaciones, que interpretaban música y lucían trajes coloridos. Ello preocupó a Sanapí y Ortega, quien reiteradamente expresó al público su pesar por no haber traído su “vestimento”, porque “así no represento bien a mi etnia”.

Bueno, yo estoy en cueros ajenos porque este vestido [refiriéndose a los pantalones y camisa de producción industrial que llevaba puestos] no es mío. Esta no es mi *cultura*, yo estoy en cultura ajena. Mi cultura la dejé en mi casa, porque la verdad es que yo, en mi casa, yo uso mi cultura. Aquí yo, me han sorprendido, que todo el mundo, *las etnias tienen su cultura, vestimenta*, y yo que estoy en cueros ajenos, vestido ajeno. Eso me ha sorprendido bastante, me mortifica eso. Porque *yo no represento como una etnia, me represento como una persona a la fuerza* y no hablo muy bien español, lo que yo hablo español, así, para mí, ese no es mi idioma y *tengo mi propia etnia y mi propio idioma* [...] no hay quien traduzca de mi idioma (énfasis propio).

En todo caso, a propósito de las anteriores observaciones de Manuel Ortega, Facundo Sanapí acabó afirmando que si los volvieran a invitar, concurrirían vistiendo su propia vestimenta.

Nótese, de paso, la apropiación y uso de las ideas de “cultura” y “etnia”, que, provenientes de la antropología, han sido incorporadas por numerosos individuos de diferentes pueblos indígenas a partir de sus intercambios con antropólogos, sacerdotes y representantes de agencias estatales y de diversos actores globales. También cabe destacar la idea de que la etnicidad se representa, y que en ello la vestimenta juega un papel importante.

Pero más interesante aún es considerar las anteriores palabras de Sanapí junto con otra reflexión que ofreció su compañero Manuel Ortega:

Nosotros estamos pidiendo un apoyo a cualquier organismo internacional [...] porque a ese proceso de mapeo le faltan dos etapas para terminar. Por eso nosotros esperamos alguien que financie, que alguien nos ayude a nosotros en ese sentido. Porque si nosotros dejamos eso, se van a perder muchas cosas en sectores indígenas, primero la botánica, la fauna silvestre, *la biosfera, la biodiversidad, el medio ambiente, la ecología*, ahí se va a perder mucho. Por eso nosotros queremos [...] un apoyo [...] porque la verdad es que somos pobres en ese sentido [financiero] pero ricos en la inteligencia y *ricos en recursos naturales* (énfasis propio).

Resulta interesante observar cuántas palabras de las que en años recientes jugaron un papel clave en la defensa de los pueblos indígenas de su derecho histórico a continuar ejerciendo control sobre sus territorios ancestrales –o bien recuperarlo– utilizó Ortega en esta breve respuesta. También interesa ver cuáles utilizó. Notemos que no sólo usó las más difundidas, sino incluso otras, como “biosfera” y “biodiversidad”, que forman parte de jergas empleadas principalmente por especialistas. Según surgió en las entrevistas, Ortega incorporó estas expresiones a partir de sus contactos con representantes de organizaciones no gubernamentales del exterior y otras panameñas, pero que participan de intercambios internacionales. Lo significativo de la incorporación es que dichos términos proveen sentido a ciertas políticas y prácticas sociales del pueblo emberá y sus organizaciones, y orientan el establecimiento de alianzas.

En este contexto resulta relevante tomar en cuenta lo que argumentó Facundo Sanapí cuando le pregunté por qué era tan fundamental la cuestión de la vestimenta:

Porque así demostramos que en el Darién también hay indígenas que todavía verdaderamente *conservan su tradición* [...] El trabajo que estamos presentando [...] es un proceso que verdaderamente para nosotros es un documento importante. Pero *debíamos presentar como indígenas* entonces. Para que el público viera que verdaderamente es un indígena presentando en esa forma. Yo pienso que ahí sería lo más principal, o lo fundamental (énfasis propio).

Lo más importante es que este Festival no es un fenómeno aislado, sino que opera dentro de universos más amplios de representaciones y experiencias (ver Brysk, 2000), por lo que este caso no sólo es significativo por sí mismo, sino también porque resulta indicativo de los complejos de relaciones transnacionales que funcionan articuladas en torno a ideas semejantes.

Veamos, a modo de ejemplo, el caso de un evento transnacional de otro tipo. Se trata de la Primera Cumbre entre Indígenas y Ambien-

talistas, realizada en Iquitos (Amazonia peruana) en mayo de 1990, con la participación de la Coordinadora de Organizaciones Indígenas de la Cuenca Amazónica (COICA), las cinco federaciones indígenas nacionales que para la época la constituían (de Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia y Brasil) y numerosas organizaciones ambientalistas y otras no gubernamentales que actúan transnacionalmente y tendencialmente a nivel mundial, es decir, lo que (para enfatizar el alcance de sus prácticas) denomino *actores globales*. Como resultado de este encuentro, los participantes emitieron la Declaración de Iquitos, firmada por representantes de Greenpeace, Survival International, Cultural Survival, Conservation International, Oxfam-America, Fundación Ford, Inter-American Foundation (la misma que coprodujo el mencionado Festival de la Smithsonian), otras 17 organizaciones con sede en Europa y EE.UU., y una organización conservacionista peruana.

La declaración considera que “es necesario seguir trabajando en adelante como una alianza indígena y ambientalista por una Amazonia para la humanidad”. En respuesta al “grave deterioro de la biosfera”, la alianza establece acuerdos significativos con el objeto de lograr, entre otras cosas, “el reconocimiento de los Territorios Indígenas para que dichos pueblos desarrollen programas de manejo y conservación [del ambiente]”, para lo cual es necesario “canalizar recursos técnicos y financieros”. La Declaración también establece la creación de un comité coordinador, que analizará y diseñará “las mejores estrategias para la defensa de la Amazonia Indígena” (Chirif Tirado et al., 1991: 176-177).

Esta doble caracterización de “una Amazonia para la humanidad” y “la Amazonia Indígena” expresa convergencias y diferencias entre las dos partes de la alianza. Pero lo notable es que una idea común subyace a ambas: la Amazonia es una cuestión que no compete a los estados ni a otros actores de las sociedades nacionales. En cierto modo, podríamos caracterizar a esta alianza como *global-local*, aunque debemos entender que no tiene sentido asumir estos términos en oposición, puesto que los actores globales son tales por las escalas en las que despliegan sus prácticas, pero son locales respecto de las orientaciones de sentido de quienes toman decisiones en su estructura y de los públicos y donantes a quienes rinden cuentas y solicitan fondos. En todo caso, esta alianza se establece en torno a ciertas representaciones del asunto que resultan convergentes. En este sentido no es azarosa, pero tampoco puede interpretarse como una traición de las organizaciones indígenas a las respectivas sociedades nacionales, como en ocasiones la han calificado los gobiernos de la región. Responde tanto a los intereses de los actores globales como a los de los acorralados actores locales, en este caso organizaciones indígenas. En el marco de una cierta representación de la idea de “desarrollo” (ver Escobar, 1998), los gobiernos nacionales han concedido permisos forestales y de explotación minera,

causantes de importantes daños a la región que también es hábitat de estos pueblos –cuya situación, a la vez, los gobiernos ignoraron en el marco de representaciones racistas inconfesadas. Ante tales actitudes, dichos pueblos han optado por organizarse y relacionarse transnacionalmente para defender lo poco que les queda.

El encuentro y la declaración son resultado de años de negociaciones entre las partes, durante los cuales las organizaciones indígenas aprendieron que esas relaciones mejoraban sus posibilidades de negociar con los respectivos gobiernos. No en vano en 1989 la COICA produjo y difundió un documento titulado “COICA por el futuro de la Cuenca Amazónica”, en el que enfatizaba que las presiones de los gobiernos de algunas naciones industrializadas e instituciones financieras internacionales sobre los gobiernos de los países amazónicos habían forzado a estos últimos a adoptar ciertas medidas de protección ambiental. Señalaba, además, que estas presiones se habían ejercido gracias al cabildeo realizado previamente por organizaciones indígenas y ambientalistas. Y terminaba afirmando:

Paradójicamente, lo que los indígenas y nuestras organizaciones habíamos planteado a nuestros gobiernos, en cada uno de los países amazónicos, tuvo que esperar a ser dicho en inglés para que fuera escuchado. Los gobiernos no escuchan habitualmente las voces indígenas, será porque no conocen nuestros idiomas (COICA, 1989: 11-12).

Tanto accionar global por parte de organizaciones locales –produciendo lo que podríamos llamar redes transnacionales desde abajo, y así, tendencialmente, procesos globalizantes desde abajo– no proviene sólo de sus propias iniciativas, como si estuvieran “flotando en el aire”. Tampoco se debe solamente a las iniciativas de los actores globales ya mencionados, o a las de otros semejantes. Esta globalización desde abajo es también, y al menos en parte, una respuesta a otros procesos globalizantes que podríamos considerar parte de una globalización desde arriba. En efecto, estos actores locales forman parte de sociedades nacionales fundadas y fundamentadas en representaciones de identidades nacionales que han venido legitimando la represión de diferencias intra-nacionales. Adicionalmente, estos gobiernos han adoptado últimamente análogos programas de ajuste estructural, lo que se relaciona con ciertos procesos globalizantes que involucran las prácticas de estos y otros gobiernos, así como las de empresarios nacionales, corporaciones transnacionales, el BM y el FMI y algunas universidades y grupos profesionales transnacionalmente vinculados en lo que podríamos llamar comunidades epistémicas transnacionales, que producen las teorías, métodos de investigación y políticas de intervención que sustentan los diagnósticos y aplicaciones en cuestión (presentaré ejemplos y pro-

fundizaré sobre este asunto en una sección posterior). Estos esquemas incluyen programas más específicos y políticas de reducción y descentralización del Estado y de “alivio de la pobreza”. Entre otras cosas, los programas de ajuste y los respectivos programas compensatorios han estimulado –deliberadamente o no, según los casos– la creación de numerosas organizaciones étnicas y locales, y sus prácticas transnacionales, ya como reacción de organización y defensa de los propios intereses de grupos de población, ya en respuesta a iniciativas explícitas del BM, de otros actores globales y de los respectivos gobiernos nacionales, en busca de contrapartes con quienes ejecutar sus programas y políticas.

El ejemplo del Programa C&D del Festival de la Smithsonian y el de la Primera Cumbre entre Indígenas y Ambientalistas no están desvinculados entre sí, ni tampoco son excepcionales. Como lo ilustran diversos estudios, numerosas organizaciones indígenas están desarrollando iniciativas políticas y económicas en respuesta a esa globalización desde arriba, e impulsando proyectos políticos y económicos basados en lo que conciben como su “peculiaridad cultural”. Estos ejemplos, como otros que he presentado en publicaciones citadas anteriormente en este artículo, permiten apreciar cómo estas representaciones de peculiaridad cultural son producidas en el contexto de complejos sistemas de relaciones con una amplia gama de actores sociales nacionales (como denomino, en este contexto, a aquellos que forman parte de la misma sociedad nacional que las organizaciones indígenas de referencia) y con un espectro diverso de organizaciones del exterior, entre las que se incluyen algunas locales y otras que son ejemplos de actores globales tan diversos como redes de comercialización de artesanías, organizaciones ambientalistas y de defensa de los derechos indígenas, fundaciones privadas, el BM, el BID y las agencias gubernamentales de EE.UU., Canadá y varios países de Europa occidental (ver, por ejemplo, Brysk, 2000; Carr et al., 1993; Conklin y Graham, 1995; Mato, 1998; 2004a; Rogers, 1996).

Resulta interesante relacionar las experiencias antes reseñadas respecto de la producción y circulación transnacional de representaciones de ideas de identidades indígenas y de “cultura y desarrollo” con algunas experiencias vinculadas con la producción de representaciones de otros tipos de ideas sociopolíticamente significativas, como, por ejemplo, las que se articulan en torno al concepto de “sociedad civil”. Hacerlo nos permitirá observar que la importancia de la producción y circulación transnacional de representaciones de ideas sociopolíticamente significativas no se limita a las propias del ámbito que acabamos de analizar, sino que comprende también las del que examinaremos en la próxima sección, e incluso otros, como veremos en la sección siguiente, dedicada a la producción transnacional de ideas de “libre comercio” como parte de un ámbito discursivo más amplio; se trata del

ámbito discursivo de las ideas que sus promotores actualmente llaman “liberales” y sus detractores “neoliberales” (como alguna vez las llamaran también, aunque ya no lo hacen, algunos de sus promotores).

PRODUCCIÓN Y CIRCULACIÓN TRANSNACIONAL DE IDEAS DE “SOCIEDAD CIVIL”

Desde las luchas del movimiento Solidaridad en Polonia y otros movimientos sociales de fines de los años setenta en Europa oriental, se ha venido produciendo una creciente incorporación del término en los vocabularios públicos nacionales a nivel mundial. Incluso, diversos tipos de actores hablan cada vez más de una *sociedad civil global*. Lo importante del caso es que de manera asociada, en/desde numerosos rincones del globo, comienza a (re)pensarse la idea de *sociedad civil*, y esta acaba jugando un papel importante en los procesos de constitución de los actores sociales y sus agendas. Estos actores son sumamente diversos y tienen proyectos societarios y políticos muy diferentes, en ocasiones incluso antagónicos.

La popularidad de esta expresión alcanzó picos a nivel planetario tras la legalización de Solidaridad en 1980, sus luchas de 1981 y 1982, y su ilegalización en este último año, cuando las cadenas internacionales de televisión dieron máxima visibilidad a estas protestas. Dicha popularidad se mantuvo desde entonces, y volvió a marcar picos con la caída del Muro de Berlín (1989) y la posterior disolución de la Unión Soviética (1991). Este incremento notable en la difusión de la idea de *sociedad civil* ha venido acompañado, como no podía ser de otro modo, de una diversidad de atribuciones de sentido y disputas en torno a los significados atribuidos y sus alcances, así como respecto del papel de la *sociedad civil* en diferentes países y a nivel *global*.

Estos procesos también se han dado con fuerza en numerosas sociedades latinoamericanas. Más allá de la innegable importancia de factores internos de cada una de las sociedades involucradas, y de que ciertas representaciones de la idea de *sociedad civil* ya integraban el vocabulario de algunos movimientos de izquierda y de resistencia a regímenes autoritarios, fue recién con el *casí* fin de la Guerra Fría y el auge de las políticas de reducción del gasto público y del Estado que ciertas específicas representaciones de esta idea alcanzaron gran difusión. En esto, además, los medios masivos de comunicación han venido jugando un significativo papel.

Las representaciones de ideas de *sociedad civil* que vienen ocupando lugares predominantes en los vocabularios públicos a nivel mundial están, en general, fuertemente asociadas a las ideas de democracia y modelos de sociedad vigentes en EE.UU. y Europa occidental. Este predominio se constata no sólo en los usos de los medios de comunica-

ción masiva, sino también en los vocabularios de un número creciente de organizaciones de países latinoamericanos, que paulatinamente se han ido vinculando transnacionalmente entre sí y con los actores globales que las promueven.

En tal sentido, es posible observar la participación en estos procesos de una variedad de actores globales. En los que he venido estudiando en América Latina, puede notarse al menos la del BID, el BM, el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), la Fundación Friedrich Ebert de Alemania y varias organizaciones gubernamentales o para-gubernamentales de EE.UU. como, por ejemplo, la Agencia de Información de EE.UU. (USIA), la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID), el Instituto Nacional Demócrata para Asuntos Internacionales (NDI) y el Instituto Republicano Internacional (IRI). Estos dos últimos manejan fondos asignados por el Congreso de ese país a través del Fondo Nacional para la Democracia (NED).

Tales actores globales han venido promoviendo programas que, según su vocabulario, conciben como de “fortalecimiento de la sociedad civil” y “fortalecimiento de organizaciones cívicas” en la región. También han organizado o apoyado eventos y redes transnacionales, algunas de alcance global, otras regionales, que vinculan las prácticas de numerosos actores globales y locales. Estas redes y eventos se han constituido en espacios de intercambios, aprendizajes, coproducción y disputas en torno a diversas representaciones sociales de la idea de sociedad civil. Podría reseñar numerosos ejemplos que ilustran la importancia de estas redes y eventos en la producción y promoción de representaciones de la idea de *sociedad civil*. Dados los límites de extensión de este texto, mencionaré sólo dos de alcance latinoamericano y uno de alcance mundial, como ejemplos de la complejidad e importancia de estas redes.

En este sentido un ejemplo lo constituye el caso del encuentro Civitas@Praga.1995: Fortaleciendo Ciudadanía y Educación Cívica. Este y Oeste (Civitas@Prague.1995: Strengthening Citizenship and Civic Education. East and West), que se realizó en Praga con más de 400 participantes de 52 países, incluyendo representantes de la organización argentina Conciencia y la chilena Participa. Notablemente, el encuentro fue concebido por siete organizaciones de EE.UU. y financiado, en buena medida, por la USIA y el Departamento de Educación de ese mismo país (Civitas, 1995: 2).

El resultado de esta reunión ilustra para qué sirven y cómo funcionan estas reuniones, y cómo se ponen en marcha y/o se fortalecen redes transnacionales, como se desprende de las palabras del director de la USIA:

[Civitas] fue uno de esos eventos donde un grupo de gente descubre que se ha convertido en una comunidad [...] La declaración firmada por cincuenta y dos países llama a los gobiernos y a las organizaciones internacionales “a convertir a la educación cívica en una alta prioridad de la agenda internacional” e insta a los participantes a crear y mantener una red mundial que trabajará hacia este fin (Civitas, 1995: 1; traducción propia).

La realización del encuentro en Praga no sólo permitió crear una red transnacional de activistas en *educación cívica*, sino que además dio lugar a un evento semejante en Buenos Aires, del 29 de septiembre al 2 de octubre de 1996, que se denominó Civitas Panamericano. Fue organizado por Conciencia, que había participado en la reunión en Praga, y que a partir de esta pasó a formar parte del Comité Internacional de la Red Civitas. Este nuevo encuentro, como el de Praga, fue posible gracias al patrocinio económico de la USIA. Además, esta organización se encargó de contactar a los posibles participantes de cada país y solventó sus gastos de viaje. Otros actores globales que participaron del encuentro fueron la UNESCO, la USAID, el NDI, el BID, la OEA y la Comisión Económica Europea.

El Civitas Panamericano atrajo a representantes de organizaciones de prácticamente todos los países latinoamericanos –excepto Cuba–, algunos de los cuales llevaron a varias organizaciones no gubernamentales (ONGs). Además concurren un número importante de ONGs de EE.UU. y Canadá, tres de países de Europa oriental, una de Turquía, cuatro de países africanos y dos de países asiáticos. También participaron autoridades educativas de tres países latinoamericanos, Jamaica y EE.UU., y profesores de unas veinte universidades y centros de investigación de EE.UU., España y América Latina. Además asistieron seis participantes de Venezuela, uno de ellos de la organización Escuela de Vecinos, a la que haré referencia en las próximas páginas.

Quizás el ejemplo más saliente de un evento de alcance latinoamericano de importancia clave sea el Encuentro de Fortalecimiento de la Sociedad Civil, organizado por el BID en Washington en 1994. Esta reunión fue la primera que dicho organismo dedicó al tema, ya que acababa de crear su programa de *fortalecimiento de la sociedad civil*, en el marco de las políticas adoptadas en su 8º Reposición de Fondos. Este encuentro contó con la participación de representantes de ONGs y gobiernos de América Latina, y de varios actores globales. Significativamente, en el Reporte del evento se afirma que, aunque el fortalecimiento de la sociedad civil es fundamentalmente un proceso social doméstico, es necesario que sea cimentado por la comunidad internacional (BID, 1994: 3).

La importancia de esta reunión para las dinámicas sociales en América Latina resulta evidente al considerar la experiencia de algunos diri-

gentes de ONGs de la región. Por ejemplo, María Rosa de Martini, vicepresidente de la organización argentina Conciencia, explica:

[Antes hablábamos de] asociaciones voluntarias. No gubernamentales empezó a llamarlas Naciones Unidas [...] Sociedad civil, hubo un seminario organizado por el BID en Washington en 1994 [...] fue muy importante [...] Nosotras [todavía hablábamos de] organizaciones no gubernamentales, y cuando yo volví [de ese seminario del BID] me acuerdo patente haber estado acá en la reunión de comisión directiva y decirles bueno, la nueva cosa es el fortalecimiento de la sociedad civil (Entrevista, 16 de septiembre de 1997).

Los eventos de este tipo forman parte de programas de actividades más amplios, aunque constituyen la cara más visible para quienes no participan directamente en esos programas. Los diversos elementos de estos programas producen efectos que no se limitan a cuestiones de vocabulario, sino que tienen consecuencias en la acción. De acuerdo con María Rosa de Martini, lo relevante de la denominación *sociedad civil* –que, como dijera, al momento del evento del BID le resultaba novedosa– es que ha permitido visualizar de manera abarcadora lo que ella desde entonces denomina *el tercer sector*. Esto, a su vez, ha hecho posible la construcción de alianzas, la formulación de políticas y la elaboración y ejecución de proyectos que antes no podían llevarse a cabo. Esta declaración deja entrever un solapamiento entre las ideas de *sociedad civil* y *tercer sector*. Esta manera de representarse la idea de sociedad civil como equivalente a la de tercer sector, proveniente de EE.UU., es propia de ciertas orientaciones de discurso, alimentadas en buena medida por las prácticas del BM y el BID y algunas redes de fundaciones y centros académicos (para un análisis específico, ver Roitter, 2004) y, por tanto, no sólo la encontramos en Argentina, sino también en otros países latinoamericanos –como veremos en las próximas páginas– y otras regiones del mundo (para un panorama de la experiencia latinoamericana, ver Mijares, 2004; para uno a nivel mundial, ver Salamon et al., 1999).

No es sólo a través de eventos globales o regionales que se producen y circulan representaciones de la idea de sociedad civil. Estos eventos son posibles porque existen ciertas redes de trabajo más estables, que a su vez se consolidan y desarrollan en tales eventos y por los intercambios más permanentes que posibilitan. En este sentido, resulta interesante considerar las reflexiones de Silvia Uranga –quien al momento de la entrevista se desempeñaba como presidenta de la mencionada organización Conciencia–, explicando cómo había incorporado a su vocabulario la idea de sociedad civil:

Hace cinco años, más o menos [...] Por lo general haces proyectos con fundaciones extranjeras, etc., entonces ya te empiezan a hablar, y

como que empieza un código, comienzas a nombrar las cosas de diferente forma. Te digo que nosotros empezamos a hablar de sociedad civil y nadie nos entendía nada. O sea que le teníamos que mandar a nuestras sedes [de todo el país] nuestro mensaje y te lo discutían. Pero lo bueno es que como que ha demostrado que es un sector importante. O sea que el término ha ayudado también a poderlo circunscribir, a definir algo que estaba (Entrevista, 16 de septiembre de 1997).

A propósito de estas dificultades en la experiencia de Conciencia de Buenos Aires con sus sedes de otras ciudades del país, revisten interés las apreciaciones de Julia de Soria, directiva de la filial de Conciencia en Córdoba (provincia argentina):

Comenzamos a autodenominarnos sociedad civil la primera vez que estuvimos en una capacitación, porque esto depende también de organismos que capacitan que van poniéndole rótulos al trabajo voluntario. Fue al comienzo del advenimiento de la democracia, cuando nuestro país comenzó a relacionarse con organizaciones extranjeras, entonces ahí empezamos a recibir este nuevo nombre. Ahora, con más fuerza que nunca desde hace cuatro o cinco años en nuestro país, al crearse el Foro del Sector Social, se está ajustando cada vez más (Dalmagro, 2000: 4).

Las palabras de María Rosa de Martini y Julia de Soria ilustran el pasaje de la idea de *trabajo voluntario* a la de *sociedad civil* y, más recientemente, la asimilación de la idea de *sociedad civil* a la de *tercer sector*, esta última también presente en las declaraciones de Silvia Uranga.

Me interesa destacar aquí las reflexiones de estas tres dirigentes acerca del papel que los intercambios propios del proceso de formulación de proyectos con los potenciales financiadores y/o las experiencias de capacitación facilitadas, promovidas y/o financiadas por actores transnacionales, juegan en la adopción de ideas de sociedad civil. La importancia de las experiencias de formación y/o capacitación en el establecimiento de vocabularios me fue señalada, además, por Rebecca Wormer, del Consejo de Educación de Adultos de América Latina (CEAAL), para el caso de numerosas organizaciones mexicanas (Entrevista, 3 de diciembre de 2003)⁹. Por su parte, Luis Macas –reconocido dirigente indígena (quichua saraguro) ecuatoriano, que fuera presidente de la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE) y ministro de Agricultura– enfatizó reiteradamente que “la capacitación es una herramienta de intervención en las comunidades” con la cual procuran “dejar el significado de ellos”, refiriéndose al papel jugado por las ONGs ecuatorianas y la cooperación

⁹ Para un relato más detallado sobre vocabularios en intercambios con actores globales ver Benessaieh (2004).

internacional en la introducción de ideas de sociedad civil (Entrevista, 25 de julio de 2003).

Los grandes eventos, como los que señaláramos, la formulación de proyectos y las capacitaciones no son los únicos mecanismos de difusión de representaciones específicas de ideas políticamente significativas en los casos que estamos explorando de sociedad civil y tercer sector. Otro elemento importante en estos procesos lo constituyen las *redes transnacionales* de alcance regional auspiciadas por actores globales, que entablan distintos tipos e intensidades de relación con los otros tres mecanismos mencionados. En todo caso, su característica más particular es que no sólo facilitan y estimulan la circulación abierta de representaciones específicas de ciertas ideas, sino también la de *información* articulada en torno a ellas, a través de eventos más pequeños que los señalados, así como de publicaciones y visitas de miembros de organizaciones de un país a las de otros con el propósito de compartir experiencias. Narrar, escuchar, conversar, también son mecanismos de construcción de un cierto *sentido común*.

La importancia de estas visitas para aprender de las experiencias de otros fue enfatizada por César Montufar, reconocido investigador en el tema de asistencia internacional para el desarrollo y director ejecutivo de la organización ecuatoriana Participación Ciudadana, dedicada a la observación electoral y la promoción de la democracia, fundada en 2000 con apoyo de USAID y NDI (Participación Ciudadana Ecuador, 2003). Su señalamiento estaba referido especialmente a la visita que realizaron representantes de Poder Ciudadano de Argentina para narrar su experiencia de trabajo en el período de creación de Participación Ciudadana de Ecuador. Al respecto, apuntó también que ello era parte de las formas de vida de una red denominada Acuerdo de Lima, a la cual su organización estaba en proceso de incorporarse, y entre cuyos miembros actuales se cuenta la mencionada organización argentina, así como Transparencia, de Perú, que también efectuó una provechosa visita a Ecuador en aquel período instituyente (Entrevista, 22 de julio de 2003).

Los miembros de la organización venezolana Escuela de Vecinos también destacaron la relevancia de estos intercambios como fuentes de aprendizaje. Se trata de una organización pequeña, fundada en 1980, que combina el perfil de una ONG proveedora de servicios con el de un grupo de presión por la participación ciudadana en el control electoral y otros asuntos públicos. Ello la ha llevado a pasar de la escala vecinal a la de la política nacional¹⁰. Los dirigentes de la Escuela de Vecinos,

10 Realicé las entrevistas a los dirigentes de la Escuela de Vecinos y al padre Janssens, del Centro de Servicios a la Acción Popular (CESAP), en 1997. Poco después, estas organizaciones y sus dirigentes, junto con otras y sus respectivos dirigentes, alcanzaron gran visibilidad en el escenario venezolano debido a los conflictos políticos surgidos. Estos pro-

conscientemente, han concedido importancia a lo que en su propio vocabulario refieren como “relaciones internacionales”. Varios de ellos han viajado al exterior, aprendiendo de experiencias en otros países, presentando la suya internacionalmente, vinculando a la organización a nivel mundial. En la década del noventa, la Escuela recibió apoyo del NDI de EE.UU. para desarrollar un proyecto de fortalecimiento de la participación ciudadana en procesos electorales a escala nacional. Este mismo proyecto ha llevado a algunos dirigentes de la Escuela a dar charlas en otros países latinoamericanos y participar en diversos intercambios con colegas de otras organizaciones latinoamericanas, así como a organizar el Tercer Encuentro Internacional Sociedad Civil y Reforma Electoral, realizado en Caracas en 1996, con el apoyo del Congreso Nacional de Venezuela y la Comisión Presidencial para la Reforma del Estado (COPRE). La experiencia de la Escuela con el NDI ha sido muy importante, pero no fue la única; una representante de la organización, por ejemplo, participó en el mencionado Civitas Panamericano llevado a cabo en Buenos Aires en 1996.

Ante mi consulta respecto de la importancia de estos intercambios, Elías Santana, reconocido como el promotor inicial de la Escuela y uno de sus dirigentes, afirmó:

Desde principios de los noventa nos planteamos tomar contacto con otras experiencias y sistematizar la nuestra para compartirla. De hecho, al año 1996 lo llamamos el año de la internacionalización de la Escuela. En dieciocho meses, desde que nos lo propusimos, hemos estado en doce países, representados por dieciséis personas diferentes [...] Hemos aprendido de otros, hemos sistematizado para enseñar o comparar. Hemos crecido en experiencias de enorme utilidad, pese a las diferencias [...] Hemos compartido nuestros aprendizajes y visiones sobre sociedad civil [...] durante las dos últimas asambleas hemos tenido espacios en que cada “viajero” cuenta su experiencia (Entrevista, 16 de febrero de 1997).

Elizabeth Cordido, también parte del equipo dirigente de la Escuela, participó en el Civitas Panamericano en su condición de promotora y coordinadora del Programa de Educación Cívica de su organización. Durante nuestra entrevista, Cordido enfatizó la importancia que habían tenido las experiencias internacionales en su aprendizaje. Refirió, por ejemplo, la relevancia de un *tour* de tres semanas al que fuera invitada por la USIA, que, en compañía de otros visitantes extranjeros,

picieron importantes debates públicos respecto de qué se entiende por sociedad civil y cuál es su papel en la vida política nacional, con participación no sólo de numerosas ONGs, sino de todos los partidos políticos del país y del propio presidente de la República y los principales operadores de su gobierno.

le permitió visitar algunas organizaciones en EE.UU. En el marco de esta experiencia, tuvieron particular significación sus conversaciones con una colega paraguaya, quien la ayudó a “reflexionar mucho sobre el concepto de ciudadano, y el concepto de ciudadanía en la mujer” (Entrevista, 5 de febrero de 1997). Su visita a organizaciones en EE.UU. la llevó a captar algunas ideas y reflexionar acerca de cómo aprovecharlas para el Programa de Educación Cívica del que es responsable: “A mí me pareció bien importante cómo ellos trabajan el conocimiento de la constitución en sus estudiantes, a través de los libros, cómo les muestran el atractivo de la constitución [...] Cómo ellos conectan a toda la ciudadanía dentro de la historia” (Entrevista, 5 de febrero de 1997).

Resulta interesante notar que muchas de estas *redes*, que facilitan viajes e intercambios personales, de publicaciones y, más recientemente, de diversos documentos vía Internet, se intersectan entre sí. Un nudo de importantes intersecciones lo constituye Poder Ciudadano, de Argentina. Esta organización, fundada en 1991 para promover la responsabilidad y participación ciudadanas, así como las libertades civiles y los valores democráticos, tiene una activa política de participación en redes internacionales, y en la actualidad es miembro activa en cinco redes de este tipo. Cuando en el curso de nuestra entrevista solicité a Carolina Varsky, de Poder Ciudadano, su opinión sobre los papeles jugados por actores globales y redes transnacionales en la producción de representaciones de ideas de ciudadanía y sociedad civil, inmediatamente respondió poniendo lo que llamó un ejemplo significativo, la Red Interamericana por la Democracia, que, según me explicó, se sostiene con apoyo de la USAID (Entrevista, 18 de septiembre de 1997). Esta red, de la cual Poder Ciudadano es uno de sus miembros fundadores, cuenta con la participación de 250 organizaciones del continente americano –entre ellas, algunas de las mencionadas en este estudio– y se define como “un tejido horizontal de organizaciones de la *sociedad civil* que se articula [...] para fortalecer la *democracia participativa* y la construcción de *ciudadanía*” (<www.redinter.org> acceso 12 de diciembre de 2003; énfasis propio).

Nótese en esto no sólo la magnitud de la red, sino además las palabras clave puestas en sistema. En la sección introductoria de este texto mencioné que el sistema de palabras clave era característico de ciertas *redes transnacionales*. Este rasgo también me fue señalado por César Montufar, quien refiriéndose a un conjunto semejante sostuvo que “algunas de estas palabras son muletillas que tienen una carga simbólica que moviliza un montón de ideas alrededor [...] es una constelación [...] que descansa en la idea de individuo” (Entrevista, 22 de julio de 2003). Enfatizo la idea de *individuo* porque, como veremos en próximas páginas, resulta conflictiva para las representaciones de la idea de *ciudadanía* que maneja el movimiento indígena ecuatoriano.

Volvamos a un asunto planteado en las declaraciones de las dirigentes de Conciencia, el de la incorporación de la idea de sociedad civil al vocabulario público en Argentina. En este sentido, resultan significativas las palabras de Roberto Saba, director ejecutivo de Poder Ciudadano:

Yo conozco gente que hoy es protagonista en Argentina en el tema de sociedad civil, que hace unos siete años me preguntaba qué es la sociedad civil. Y hoy está en el lenguaje cotidiano [...] El término sociedad civil [...] se asocia mucho, por ejemplo, pero creo que mal, con organizaciones no gubernamentales. O sea [se asume erróneamente que] el grupo de las organizaciones no gubernamentales forma la sociedad civil. Cuando viene el BM, o el BID, a estimular el desarrollo de la sociedad civil, buscan con qué ONG trabajar. Y creo que sociedad civil es un concepto más antiguo y tiene que ver con una ciudadanía educada, activa, participativa, que busca los canales para hacer todo esto en organizaciones. Pero las organizaciones no son la sociedad civil. La sociedad civil la forma la sociedad que ha logrado pasar de ser un grupo de individuos privados a compartir algún ideal público y común [...] Me parece que el tema del financiamiento es muy importante. En el nacimiento de estas organizaciones hay mucha influencia internacional, positiva. No soy de los que creen que hubo una gran conspiración. Creo que hay felices coincidencias. Creo que hay como cruces de rutas [...] A mediados de los ochenta es cuando empieza a venir por algún lugar esta idea de sociedad civil. Después se mezcla con otro concepto que también viene de afuera, que es el tercer sector, o el sector independiente [...] Empieza a confundirse sociedad civil con tercer sector (Entrevista, 18 de septiembre de 1997).

Las palabras de Roberto Saba interesan en tres sentidos. En primer lugar, por su preocupación en enfatizar su representación de la idea de sociedad civil –según la cual “no son las ONGs” ni debe confundirse con el tercer sector– que difiere de la expresada por las representantes de Conciencia. En segundo lugar, su necesidad de aclarar reiteradamente qué es lo que la sociedad civil “no es” sugiere que aquella otra representación está fuertemente instalada en los vocabularios públicos. Más aún, según expone y sabemos, no sólo en esos vocabularios sino también en los del BM y el BID. De hecho, considero que han sido estos y otros actores globales, junto a algunos medios masivos de comunicación, los factores clave en la predominancia alcanzada por esa otra representación. También en México numerosos investigadores se ven reiteradamente obligados a enfatizar que sociedad civil no equivale a ONG y/o tercer sector, tal como lo constaté personalmente y como me lo señalara en forma explícita uno de ellos, Rafael Reygadas Robles Gil, autor de un muy documentado libro sobre organizaciones

civiles (1998). Reygadas Robles Gil también interpretó que esa repetida necesidad de aclarar era indicativa de la extraordinaria difusión que ha alcanzado esa otra representación de la idea de sociedad civil, cuya eficacia él atribuye no sólo a actores globales y medios, sino también al papel jugado por organizaciones empresariales mexicanas (Entrevista, 3 de diciembre de 2003).

Finalmente, las palabras de Roberto Saba resultan interesantes por la referencia a que fue aproximadamente en 1990 que la idea de sociedad civil se instaló en el *lenguaje cotidiano* en Argentina. Esta fecha, desde luego tentativa, es algo anterior a la señalada por las dirigentes de Conciencia (1994, con la reunión del BID) y de manera aproximada coincide con las indicadas por otros entrevistados en dicho país. No es que la expresión no se utilizara anteriormente, ya que, como en otras sociedades de América Latina, era parte del lenguaje de algunos grupos de izquierda, y además fue usada un poco más ampliamente en oposición al carácter militar de la más reciente dictadura (1976-1983), pero no llegaba a alcanzar el lenguaje cotidiano.

La fecha aproximada de 1990 como el período en que se habría generalizado el empleo de la expresión *sociedad civil* también fue señalada por varios entrevistados en Ecuador, como el dirigente indígena Luis Macas (Entrevista, 25 de julio de 2003), el dirigente indígena (quichua, otavalo) y ex ministro de Bienestar Social Luis Maldonado (Entrevista, 30 de julio de 2003) y el dirigente de la Coordinadora de Movimientos Sociales y profesor de Ciencias Políticas Napoleón Saltos (Entrevista, 26 de julio de 2003).

En Venezuela también se indica como “aproximadamente 1990” el momento de generalización del uso del término. Así lo hicieron, entre otros, el padre Armando Janssens, fundador y directivo del Centro de Servicios a la Acción Popular (CESAP), y Andrés Cova, miembro del consejo directivo de la ya mencionada Escuela de Vecinos. Apenas comenzada la entrevista, Cova mencionó que sus ideas acerca de la sociedad civil habían sido afectadas por primera vez al ver por televisión las movilizaciones impulsadas por el movimiento Solidaridad en Polonia. Luego agregó que, más adelante, lo fueron por los intercambios con organizaciones del exterior. A propósito de la importancia de estos intercambios, tema que he mencionado en páginas anteriores, sostuvo:

Por supuesto, para comenzar, el propio hecho de hablar de sociedad civil... nosotros no hablábamos de sociedad civil antes de los noventa. En Venezuela, sociedad civil es una expresión de los noventa. Antes de 1990, o 1991, no hablábamos de sociedad civil, sino de no gubernamental. Además, en Venezuela, antes de los noventa, empleábamos mucho el término vecinos para referirnos a todo lo que tenía que ver con ciudadanos, en términos generales, incluso más

allá de lo que tuviera que ver con asuntos territoriales (Entrevista, 6 de febrero de 1997).

En México, en cambio, prácticamente todos los entrevistados (Rafael Reygadas Robles Gil y otros que referiré más adelante) apuntaron al terremoto de 1985 como el momento en el cual esta expresión comienza a ser ampliamente usada, e incluso irrumpe en los medios, como lo ilustran también algunas referencias incluidas por Carlos Monsiváis (1987) en sus crónicas sobre el terremoto.

Pero las palabras de Monsiváis en el prólogo a este libro son elocuentes en cuanto a en qué punto se estaba entonces en México respecto de la utilización de la expresión “sociedad civil”: “La experiencia del terremoto le dio al término *sociedad civil* una credibilidad inesperada” (1987: 13; énfasis original). Es decir, parecería que el término estaba allí, pero no tenía tanta “credibilidad”, a juzgar tanto por lo explicado por los entrevistados como por el hecho de que el siguiente pico de difusión del uso del término ocurrió en el marco del fraude electoral de 1988 o, mejor dicho, en la respuesta a este: masivas protestas, que algunos llamarían *populares*, otros de *ciudadanos* y otros de la *sociedad civil*.

Como quiera que sea, aparentemente en México la difusión amplia del término se da recién cerca de 1990, de manera análoga a lo ocurrido en los otros países referidos. Carlos Zarco Mera, secretario general del ya mencionado CEAAL y co-coordinador, junto con Reygadas Robles Gil, de una importante colección de estudios sobre organizaciones civiles, apuntó que sociedad civil es un tema de “fines de los ochenta y con mucha fuerza [...] de los noventa” (Entrevista, 3 de diciembre de 2003). Mientras que Alberto Olvera, autor y coordinador de numerosos estudios sobre sociedad civil (ver, por ejemplo, Olvera, 2003) y reconocido ampliamente como voz autorizada en la materia, explicó, en el curso de la entrevista que mantuviéramos, que en los setenta la expresión era usada casi exclusivamente por intelectuales gramscianos, que en 1985 y 1988 registró los picos de difusión ya apuntados, y que en los noventa se la apropiaron las ONGs y las organizaciones civiles por la democracia. Ello supuso una mayor difusión, pero también una suerte de exclusión simbólica de los *movimientos populares* (Entrevista, 25 de noviembre de 2003).

La referencia a las dinámicas entre ideas de *movimientos populares* y *sociedad civil* remite a un tema importante que trataré en las próximas páginas. Pero, previamente, quisiera hacer un último comentario respecto de la reiterada referencia a que el uso generalizado de la expresión sociedad civil se habría dado, aproximadamente, en 1990, o, en el caso de México, unos pocos años antes. En opinión de Carlos Zarco Mera:

En México [esto ocurre] en la misma época que en muchos otros países [porque] hay una fluidez de los discursos nacionales que muy

rápida­mente traspasan las fronteras [...] Las mismas condiciones de la internacionalización de los sujetos y de los debates hacen que estos conceptos muy pronto sean globales, muy pronto [...] por ejemplo, todas las categorías de género están ya universalizadas (Entrevista, 3 de diciembre de 2003).

Su interpretación me parece valiosa, y desearía reformularla para hablar así en términos de una *fluidez transnacional de los discursos*, que se explica por varios de los mecanismos analizados en este texto: eventos grandes y pequeños, redes, visitas para intercambios, circulación de publicaciones, proyectos, capacitaciones, intereses de diversos actores globales, gubernamentales, inter o no gubernamentales, medios masivos de comunicación y otros que no he mencionado aquí pero que resultan de gran importancia, como los usos de Internet, no azarosos, sino asociados a los intereses de actores globales y locales.

Es posible asociar la referencia de Olvera acerca de las dinámicas entre ideas de movimientos populares y sociedad civil con otra realizada por Napoleón Saltos, de Ecuador. En el curso de una entrevista, Saltos afirmó que en la década del ochenta algunos intelectuales y dirigentes sociales, que luego confluían en la Coordinadora de Movimientos Sociales, debatían acerca del uso de la expresión sociedad civil en competencia y/o complementariedad, según los casos, con las ideas de nuevos actores y movimientos sociales (Entrevista, 26 de julio de 2003).

Los contrapuntos, conflictos, sustituciones y otras relaciones entre estos términos han sido y siguen siendo significativos. En México mismo, Daniel Ponce, experimentado en las luchas contra el autoritarismo del Partido Revolucionario Institucional (PRI) –al igual que los demás mexicanos entrevistados– y, al momento de la entrevista, integrante del equipo directivo del Instituto Nacional de Desarrollo Social (INDESOL), explicaba que en algunos casos “la noción de sociedad civil subsumió a la noción de lo popular” (Entrevista, 3 de diciembre de 2003).

Elena Aguilar, quien en los años ochenta participó en el movimiento popular urbano de la ciudad de México, y que al momento de la entrevista estaba a cargo de programas de capacitación en el INDESOL, señaló que en el terremoto de 1985 la idea de sociedad civil se asociaba más a las organizaciones de base de los pobladores y otras de solidaridad con los afectados, y se entendía más “como movimiento de base, como movimiento de la gente, no como prestador de servicios; [estaba] más referido a la organización de la gente de base y que no es partidaria” (Entrevista, 13 de noviembre de 2003). También agregó:

Los movimientos populares en este país, muy asociados a la izquierda mexicana, hablan mucho más de pueblo. Entonces, cuando em-

pieza a aparecer el concepto de sociedad civil o de ciudadanía, hay una discusión dentro de las organizaciones populares en donde se concibe que el concepto de ciudadanía, o de movimiento ciudadano, o de sociedad civil, puede estar excluyendo el concepto de pueblo. Hay una primera discusión ahí sobre qué es pueblo, qué es movimiento ciudadano y qué es sociedad civil [...] Si el concepto de sociedad civil [no incorpora el asunto de la] exclusión económica, entonces se puede hacer un discurso que algunos llamarían como *light* (Entrevista, 13 de noviembre de 2003).

En la década del noventa, en México, la revisión del uso de ideas de *lo popular* alcanzó a instituciones tan emblemáticas en su uso como el CEAAL. Según me refiriera su secretario general, Carlos Zarco Mera, a partir de 1994 esta institución inició todo un proceso de refundamentación de una de sus ideas clave, la de *educación popular*, incorporando ideas de ciudadanía y sociedad civil (Entrevista, 3 de diciembre de 2003).

Pero estos desplazamientos no se han dado sólo en México. En Venezuela resulta especialmente interesante considerar el caso del CESAP. Esta organización, fundada en 1973, posee un nombre elaborado en torno a la idea de *lo popular*. Durante dieciocho años, esta idea actuó como articuladora indiscutible de su discurso y acción. A partir de 1989, la organización comenzó a incorporar a su vocabulario institucional las expresiones *gente* y *sociedad civil*, que gradualmente fueron desplazando a la idea de *pueblo*. Notablemente, esta reflexión no es mía, sino del padre Armando Janssens, presidente fundador y, al momento de la entrevista, presidente en ejercicio del Grupo Social CESAP (en 1999, CESAP se transformó en Grupo Social CESAP). Según me explicara el padre Janssens, él se inclinaba a pensar que este cambio estaba relacionado, en primer lugar, con la incorporación del vocablo *sociedad civil* al contexto de la sociedad venezolana; y, en segundo lugar, con los intercambios de CESAP con organizaciones de otros países (ver también Janssens, 1996). Al respecto, subrayó que la principal influencia provendría de las relaciones con organizaciones de otros países latinoamericanos; y, en menor medida, de las relaciones con donantes, particularmente con organizaciones vinculadas con diversas iglesias europeas y con la Inter-American Foundation (Entrevista, 6 de febrero de 1997).

Los conflictos entre actores sociales expresados en términos de representaciones de ideas de *pueblo*, *ciudadanía* y *sociedad civil* tienen otras aristas relevantes, que aquí sólo puedo apuntar brevemente, pero no tratar apropiadamente. Elena Aguilar enfatizó que la idea de *pueblo* tiene un sentido más *colectivo*, en comparación con la de *ciudadano*, que apunta más bien al *individuo*. Las dificultades que la tensión individuo-colectivo involucra en la actualidad para los pueblos, organizaciones e intelectuales indígenas, así como para las sociedades naciona-

les de las que estos pueblos forman parte, son grandes, y aún mayores en aquellos en los cuales la proporción de población indígena es muy significativa. En este sentido, el de Ecuador es uno de los casos más salientes, como lo señalan no sólo dirigentes e intelectuales indígenas, sino también otros no indígenas, como Napoleón Salto.

El reconocido dirigente indígena Luis Macas, quien además tiene estudios de grado y posgrado en derecho y antropología, destacó que se produce un choque de los conceptos de ciudadanía y sociedad civil, propios de la tradición filosófica y jurídica occidental, con el concepto de identidades que manejan los pueblos indígenas; y que, además, históricamente ha habido, cuanto menos, un *divorcio* entre la sociedad civil no-indígena y los pueblos indígenas. En el curso de esa misma entrevista, planteó que existe un problema grave en la promoción de la idea de ciudadanía, de carácter *individual*, que con su intervención promueven las ONGs y la cooperación internacional en las comunidades indígenas. Porque esta idea de *ciudadanía individual* atenta contra la idea de ciudadanía y derechos colectivos de los pueblos indígenas, relativos a asuntos tan importantes como territorio, lengua y administración de justicia (Entrevista, 25 de julio de 2003).

En tanto, el dirigente indígena Luis Maldonado, quien tiene estudios universitarios en derecho y políticas públicas, enfatizó que las ideas de ciudadanía y sociedad civil llegaron a las comunidades y al movimiento indígena no sólo por el trabajo de las ONGs y la cooperación internacional, sino también a través de las universidades, donde muchos dirigentes indígenas estudiaron. Añadió que estas ideas han sido redefinidas por el movimiento indígena para señalar que la ciudadanía tiene dos dimensiones, una *individual* y otra *colectiva*, de carácter *cultural* (Entrevista, 30 de julio de 2003; complementariamente, ver Maldonado, 2003). No sorprende que estos planteos estén en concordancia con el elaborado enfoque *intercultural* y *plurinacional* que desarrolló el movimiento indígena ecuatoriano, que, como enfatizaron ambos dirigentes, tiene una propuesta de *país plurinacional*, es decir, no sólo para los indígenas sino para todos los ecuatorianos, y una propuesta de *universidad intercultural*, la Universidad Intercultural de las Nacionalidades y Pueblos Indígenas (UINPI) Amautay Wasi¹¹.

Pero volvamos atrás para analizar algunos aspectos significativos relativos a las relaciones entre financiamiento, vocabularios y programas de acción. En conexión con ello, estimo interesante comenzar por algunas de las valiosas reflexiones que me ofreciera Roberto Saba, de la

11 En noviembre de 2003, tras años de trabajo, la UINPI Amautay Wasi fue oficialmente reconocida por el gobierno de Ecuador.

organización argentina Poder Ciudadano, acerca de cómo el financiamiento internacional afecta las agendas de las organizaciones:

Los organismos que dan dinero, a los cuales estamos absolutamente agradecidos y creo que sin el aporte que hemos tenido hasta ahora nada de lo que se ha hecho en América Latina a nivel de sociedad civil se podría haber hecho. Pero [su] agenda está en otro lugar. [No obstante] es muy común que coincidan las agendas. [No se trata de] que nosotros cambiamos agendas para obtener financiamiento externo. No. Lo que haces es alterar prioridades, por ejemplo. Si tu prioridad uno es el proyecto uno, tu prioridad dos el proyecto dos, tu prioridad tres el proyecto tres. Y después este proyecto tres obtiene financiamiento externo y los otros dos no, no es que pasó a ser la prioridad uno, pero pasó a ser el proyecto que haces. En eso remarco que no estás vendiendo el alma al diablo, estás alterando tus prioridades, negociando. Pero puede ser que ese proyecto prioridad uno sea muy importante para tu organización y para tu país y que esto no se vea [...] Te imaginas que este funcionamiento primero te obliga a generar proyectos [...] que a veces no son los más interesantes. Pueden ser tu prioridad siete, o diez. Yo nunca haría una cosa que está fuera de mis intereses, pero hemos hecho cosas que estaban muy abajo en nuestra prioridad (Entrevista, 18 de septiembre de 1997).

Estas palabras de Roberto Saba, como las presentadas y comentadas en páginas anteriores sobre aspectos asociados a algunos financiamientos otorgados por actores globales (referentes a la apropiación de vocabularios, el papel de la capacitación y otros), nos permiten apreciar algunos de los rasgos económicos de procesos que habitualmente sólo se ven como políticos o culturales, así como el carácter político-cultural de relaciones que suelen verse como meramente económicas. Estos aspectos son muy importantes y se relacionan no sólo con el establecimiento de prioridades, sino también con la profesionalización y especialización de las ONGs, crecientemente invocadas como de sociedad civil y/o del tercer sector, y asimismo con la adopción de ciertas temáticas y vocabularios, es decir, con la difusión de ciertas representaciones de ideas clave promovidas por algunos actores globales o, al menos, con su utilización como insumos en la elaboración local de representaciones propias (ejemplos convergentes con los aquí comentados pueden verse en Antrobus, 1987; Benessaieh, 2004; Mijares, 2004; Schuurman y Heer, 1992; Tussie, 1997).

Pero además, dependiendo no sólo de las orientaciones de los gobiernos de turno en cada país en particular, sino más en general de la fortaleza económica relativa de cada Estado, esta influencia puede incluso dejarse sentir en el Estado mismo. En este sentido, resulta in-

interesante tener en cuenta las palabras del antropólogo Antonio Ugarte, quien al momento de la entrevista estaba a cargo del Servicio de Apoyo Local de la Inter-American Foundation en Bolivia:

Los financiamientos son muy condicionantes [...] La persona que recibe el financiamiento está pendiente de qué es lo que piensa el financiador. Hay una especie de búsqueda para complacer al financiador [...] Tratan de ver qué proyecto es interesante para el financiador, y qué líneas de acción son interesantes, y para aparecer novedosos al financiador, y no siempre corresponden a las necesidades de la población. En muchísimos casos hemos comprobado que no hay diagnósticos muy claros. Y si hay diagnósticos, son dejados de lado para trabajar de acuerdo a las modas que hay en el momento en las financiadoras; mujer, por ejemplo, ecodesarrollo [...] Hay algunas ONGs que en realidad interpretan o tratan de expresar la voz de los grupos de base, y ahí se presenta esta distorsión que te digo [...] Normalmente, estos proyectos son redigeridos por las ONGs [...] Creemos que hay una distorsión, el intermediario que es la ONG está distorsionando, tal vez en muchos casos de muy buena fe, pero distorsionando finalmente [...] Yo creo, y como cuestión anecdótica, que en mi país, en Bolivia, se ha creado una Secretaría con rango de Ministerio, de Género y Generacional [...] Esto refleja la influencia del Banco Mundial y de todos esos grupos grandes [...] Al igual que un superministerio de Desarrollo Sostenido. Para mí eso refleja, y en grado extremo y a nivel de país, cómo se imponen este tipo de modas (Entrevista, 3 de julio de 1994).

Lo expuesto muestra cómo, en estos *tiempos de globalización*, las representaciones de ideas de sociedad civil son producidas en el contexto de *procesos sociales transnacionales*, en los cuales participan tanto actores locales como transnacionales (entendiendo, como explicáramos, que los llamamos así para destacar que desarrollan sus prácticas a escalas transnacionales, pero que de todos modos responden a visiones del mundo que se forman, básicamente, en espacios nacionales específicos, los de las sociedades en las que se basa su membresía o su dirección, y/o de los que provienen sus fondos de operación), que sostienen entre sí relaciones que podemos calificar de multidimensionales, porque son a la vez culturales, económicas y políticas. Aunque los ejemplos aquí examinados corresponden a experiencias en América Latina, otros autores han ilustrado la importancia de este tipo de relaciones en la producción de ideas de sociedad civil para otras regiones del mundo (ver, por ejemplo, Chen, 2003; Comaroff y Comaroff, 1999; Mastnak, 1995; Zghal y Ouederni, 1997).

Como se recordará, introduje las experiencias comentadas en esta sección como un ejemplo adicional de mi argumentación, más ge-

neral, respecto de la relevancia de las relaciones transnacionales en la producción de representaciones sociopolíticamente significativas. Añadí ese ejemplo al de las experiencias de producción de representaciones de identidades indígenas y de ideas de cultura y desarrollo que había ofrecido con anterioridad. En la próxima sección presentaré un ejemplo relacionado con la producción y circulación transnacional de ideas (neo)liberales, para así agregar un tercer tipo de caso a la argumentación que constituye la tesis principal de este texto: que en los actuales tiempos de globalización, las ideas sociopolíticamente significativas se producen y circulan en el marco de relaciones transnacionales, y no simplemente en espacios sociales nacionales autocontenidos, o discretos (en el sentido de que se le da a esta expresión en matemáticas).

PRODUCCIÓN Y CIRCULACIÓN TRANSNACIONAL DE IDEAS (NEO)LIBERALES

Considero necesario comenzar por aclarar que coloco el prefijo “neo” entre paréntesis porque, en la actualidad, la mayoría de los promotores de dichas ideas no se refieren a ellas, ni a sí mismos, como “liberales”. No sólo eso, sino que además suelen señalar que las políticas que comúnmente se denominan “neoliberales” no son verdaderamente “liberales”, sino que resultan de hibridaciones de las ideas y propuestas de políticas “liberales” con las provenientes de otros sistemas de ideas, en ciertos contextos específicos (ver, por ejemplo, Ghersi, 2004; Sabino, 1991; 1999). En cambio, los críticos de estas ideas y políticas no suelen hacer estas diferenciaciones, e indistintamente llaman “neoliberales” tanto a unas ideas y políticas como a las otras, lo cual responde a diversos factores; entre otros y según los casos, por ejemplo, a que tiempo atrás incluso algunos de sus promotores también usaron esta expresión, a falta de mayor precisión en el análisis, y/o debido a posicionamientos en los debates políticos.

De todos modos, el propósito de esta sección no es discutir la pertinencia de una u otra denominación, sino examinar aspectos parciales de procesos mucho más amplios, pero que aun así son suficientes para agregar un ejemplo al argumento sostenido en este texto de que en los actuales tiempos de globalización las ideas sociopolíticamente significativas se producen y circulan en el marco de relaciones transnacionales. Para lograrlo, en esta sección analizaré brevemente las orientaciones y modalidades de acción de algunas redes transnacionales de *think tanks* (término originario del inglés, cuyo uso se ha incorporado al castellano, y que generalmente se traduce como “institutos de políticas públicas”), fundaciones privadas, empresarios, dirigentes políticos y sociales, economistas, periodistas y otros profesionales, dedicadas a la producción y difusión mundial de ideas (neo)liberales.

Comentaré principalmente las prácticas y orientaciones de discurso de tres instituciones privadas que han jugado papeles clave en la promoción de ideas (neo)liberales a escala mundial: la Sociedad Mont Pelerin, el Institute of Economic Affairs (IEA) y la Atlas Economic Research Foundation. Si bien estos actores sociales estimularon el desarrollo de redes de colaboración a escala mundial, y continúan haciéndolo, en este texto complementaré el análisis de sus prácticas sólo con referencias a las de algunas organizaciones relacionadas con ellos, basadas en América Latina. Debido a limitaciones de extensión, no me ocuparé aquí de otras redes que se despliegan en Europa, Asia, África, Oceanía, EE.UU. y Canadá, de cuya existencia e importancia, no obstante, me parece imprescindible dejar constancia para que no perdamos de vista que se trata de redes y procesos globales, es decir, de alcance prácticamente planetario.

Las ideas comúnmente llamadas (neo)liberales constituyen un elemento central del *sentido común* de numerosos actores sociales, que juegan papeles significativos en los procesos sociales contemporáneos. No me refiero sólo a aquellos que consciente y activamente las promueven, sino también, y aquí especialmente, a muchos otros que de maneras no del todo conscientes las han incorporado. Entre estos otros se cuentan dirigentes políticos y sociales de las más diversas tendencias, así como economistas, sociólogos, politólogos, educadores, periodistas y otros profesionales y formadores de opinión pública, quienes no necesariamente se perciben a sí mismos como (neo)liberales. Se trata, en general, de actores que participan en la promoción de ciertas transformaciones sociales que fueron incorporadas –cuanto menos retóricamente– en los discursos de inspiración (neo)liberal promovidos por organismos internacionales y organizaciones sociales y políticas nacionales de diversos países. Estas propuestas transformadoras suelen estar asociadas a ideas de democratización de aspectos de la vida económica, social y política de las sociedades nacionales, en términos de identidades indígenas y “cultura y desarrollo” (ver, por ejemplo, Mato, 1998; 2004a), “fortalecimiento de la sociedad civil” (ver Benessaieh, 2004; Mato, 2004b; Mijares, 2004; Tussie, 1997), género, orientación sexual, fomento de iniciativas micro-empresariales, seguridad urbana, y otras demandas y propuestas sociales ampliamente difundidas y aceptadas.

El caso es que, especialmente desde el desmoronamiento del sistema soviético, las ideas (neo)liberales han venido incidiendo en los modos en que numerosos actores sociales perciben y/o interpretan los procesos sociales y, por tanto, en las propuestas que formulan y acciones que promueven. Dicho sintéticamente, esto ha ocurrido tanto de manera consciente y proactiva como de maneras menos conscientes o menos explícitamente reflexionadas, y como consecuencia de la incorporación en los discursos (neo)liberales de demandas sociales am-

pliamente sentidas. Es por esta complejidad que considero necesario cuestionar el lugar común de asumir, a priori y simplistamente, que las políticas (neo)liberales son impuestas unilateralmente por el FMI y el BM, y estudiar cómo ellas crecientemente forman parte del *sentido común* no sólo de numerosos economistas y políticos de diversos países, y en particular de los encargados de las negociaciones con dichos bancos (ver, por ejemplo, Babb, 2003; 2005; Silva, 1994) y ciertas tecnocracias estatales (ver Villalobos, 2005), sino también de significativos dirigentes sociales y grupos de población dentro de diversas sociedades nacionales.

En muchos casos, el por qué de este *rating* se explica, en parte, por la asociación de estas ideas con ciertas nociones de “democracia” y “libertad”, puestas en oposición polar a otro par de ideas como “intervención estatal en la economía” y “autoritarismo del Estado”. Estas asociaciones, y las oposiciones polares correspondientes, no ocurren de modo espontáneo; resultan, al menos parcialmente, del trabajo que realizan las *redes transnacionales*, cuya importancia comentaré en las próximas páginas.

Como mostraré, los actores que promueven ideas (neo)liberales han puesto especial interés en incidir sobre algunos actores sociales muy significativos, no sólo sobre economistas y dirigentes políticos y sociales, sino también sobre las empresas propietarias de medios de comunicación, y sobre periodistas y otros operadores de la comunicación social y la formación de opinión pública. En tanto investigadores de los procesos sociales contemporáneos, es menester que estudiemos la importancia de estos factores, así como las prácticas y mecanismos específicos aplicados.

Como comentara anteriormente, dedicaré esta sección a analizar brevemente los casos de tres instituciones emblemáticas del (neo)liberalismo: la Sociedad Mont Pelerin, fundada por Friedrich Hayek, figura clave del (neo)liberalismo; el Institute of Economic Affairs (IEA); y la Atlas Economic Research Foundation, estas dos últimas fundadas por Anthony Fisher, uno de los seguidores de las enseñanzas de Hayek, y en general de las ideas (neo)liberales, políticamente más visionarios y proactivos. Estas tres instituciones no sólo comparten ideas, sino también nombres clave en sus directorios y programas de conferencistas invitados, además de haberse apoyado históricamente entre sí de diversas formas. La Atlas Foundation es la institución que ha jugado más sistemática y proactivamente el papel clave de asesorar y apoyar la creación y/o funcionamiento de importantes centros de investigación y promoción de estas ideas en numerosos países. Esta es, precisamente, su misión institucional. El IEA también desempeñó este rol, pero en menor medida y menos proactivamente. Contando con el apoyo de esos dos actores globales,

los centros de investigación y/o promoción de ideas liberales constituidos en numerosos países de los cinco continentes (incluyendo los de origen de esos actores globales, EE.UU. y Gran Bretaña) han logrado incidir en las ideas de líderes políticos, empresarios, dirigentes sociales, economistas, periodistas y otros profesionales, especialmente aunque, no exclusivamente, a nivel de sus respectivas sociedades nacionales. Veamos cómo ha venido ocurriendo esto.

Después de finalizada la Segunda Guerra Mundial, Friederich Hayek invitó a 36 académicos –en su mayoría economistas, aunque también había historiadores y filósofos– a reunirse en la localidad de Mont Pelerin, Suiza, para intercambiar ideas sobre el estado y destino del “liberalismo, en pensamiento y práctica”. Luego de diez días de debate, decidieron volver a reunirse más adelante. Así, el 10 de abril de 1947 suscribieron el documento fundador de la Sociedad Mont Pelerin, en el que expresaban su preocupación porque los “valores centrales de la civilización están en peligro” y porque en grandes extensiones del planeta “ya han desaparecido las condiciones esenciales para la dignidad humana y la libertad”. Sostenían que ello se había visto estimulado por una “disminución en la creencia en la propiedad privada y el mercado competitivo” y que “sin el poder difuso e iniciativa asociados a estas instituciones es difícil imaginar una sociedad en la cual la libertad pueda ser efectivamente preservada”.

Por esto, creyendo que “un movimiento ideológico debe contar con argumentos intelectuales y la reafirmación de ideales válidos”, el grupo concluyó que era necesario ahondar en el estudio de una serie de asuntos.

La declaración enumeraba seis temas, de los cuales destacaré aquí sólo tres: “los orígenes morales y económicos de la presente crisis”; “la redefinición de las funciones del estado” para “distinguir más claramente entre los órdenes totalitario y liberal”; y “la creación de un orden internacional que asegure la paz y la libertad y permita el establecimiento de relaciones económicas armoniosas”. En esa declaración fundacional, enfatizaban que no pretendían crear una ortodoxia, ni formar o adherir a ningún partido político, ni tampoco hacer propaganda. Según expresaban, su único objetivo sería “facilitar el intercambio de ideas entre académicos con ideas afines, en la esperanza de fortalecer los principios y prácticas de una sociedad libre y estudiar los logros, virtudes y defectos de los sistemas económicos de mercado”. Una nota a pie de página hace constar que, en este documento, las expresiones “liberal” y “liberalismo” se utilizan en el sentido de “una preferencia por un gobierno mínimo y disperso” (<www.montpelerin.org/aboutmps.html> acceso 12 de marzo de 2004, traducción propia).

Desde 1947, la Sociedad ha sostenido 33 asambleas generales, es decir mundiales, y 28 regionales. Actualmente, agrupa a más de 500

miembros de 40 países, entre los que se cuentan altos funcionarios gubernamentales, premios Nobel de Economía, “hombres [sic] de negocios”, periodistas y académicos.

Su documento de presentación sostiene que la Sociedad está compuesta por personas preocupadas por algunos peligros que, en su opinión, aún corre “la sociedad civilizada”. Aunque no necesariamente compartan una interpretación común, ni de las causas ni de las consecuencias, sus miembros expresan preocupación por el peligro que entrañan la expansión del gobierno, los sistemas públicos de bienestar, el poder de los sindicatos y monopolios y la inflación (<www.montpelerin.org/aboutmps.html> acceso 12 de marzo de 2004; traducción propia). Es interesante notar que, si bien la Sociedad Mont Pelerin expresamente excluye las actividades de propaganda, no por ello renuncia a estimular la producción, intercambio y circulación de las ideas liberales en el mundo, como puede inferirse de las actividades que organiza y del hecho de que buena parte de sus miembros son productores de ideas o importantes tomadores de decisiones.

En abril de 1945, la revista *Reader's Digest* publicó una versión condensada del libro de Hayek, *El camino hacia la servidumbre*, aparecido en Chicago en septiembre de 1944. Una anécdota reiterada por múltiples fuentes (neo)liberales relata que Anthony Fisher leyó esa versión resumida y, a raíz de ello, un par de meses después se acercó a Hayek, quien por entonces trabajaba en la London School of Economics. Fisher contó a Hayek que tenía intenciones de hacer carrera política para luchar contra las iniciativas estatizantes de la época. La historia dice que Hayek le recomendó que evitara la política y procurara incidir en los intelectuales con argumentos sólidos, ya que estos, a su vez, influirían en la opinión pública, y los políticos la seguirían (ver Friedman, 1994: XIX; 2002: XVI; Liggio, 2002; <www.iea.org.uk/record.jsp?type=page&ID=24> acceso 26 de marzo de 2004).

Lo interesante de esta anécdota es que, por un lado, lleva a pensar que, más allá de los objetivos establecidos para la Sociedad Mont Pelerin, las intenciones de Hayek no eran tan apolíticas, ni carecía de interés en promover ampliamente las ideas liberales. Por otro lado, resulta significativa porque esboza la estrategia que de ahí en más siguió exitosamente Fisher con la creación de dos instituciones, el Institute of Economic Affairs (IEA), que fundó en Londres en 1955, y la Atlas Economic Research Foundation, que creó en las afueras de Washington en 1981. Esta última fue creada, precisamente, con el propósito expreso de apoyar la creación de otros centros de investigación y promoción de las ideas y políticas liberales en todo el mundo, incluyendo EE.UU. En todo caso, considero que esta anécdota provee un dato muy interesante acerca de cómo Hayek, y quienes lo acompañaron, visualizó la manera de incidir en la producción de ideas y la

formulación de políticas públicas; de cómo ellos y sus seguidores han trabajado en la construcción de un cierto *sentido común* y, basándose en este y en diversas formas de acción directa, en la formulación de leyes y la creación de instituciones.

El IEA ha definido que su misión es explicar las ideas de libre mercado al público, incluyendo políticos, estudiantes, periodistas, gente de negocios, académicos y cualquier interesado en políticas públicas.

Según el documento de presentación de este instituto, los partidarios del libre mercado creen que “las personas deberían ser libres de hacer lo que quieran en tanto no causen daño a otros” y que “la mejor manera de atender los problemas y desafíos de la sociedad es con la gente y las compañías interactuando libremente sin interferencia de los políticos y del Estado”. Esto significa que la acción gubernamental debe ser mínima, ya sea en lo que hace a impuestos, regulación o leyes. Para lograrlo, IEA mantiene programas de investigación y publicación de libros, y una revista (*Economic Affairs*) sobre varios asuntos de *políticas públicas*. Además organiza anualmente entre 100 y 150 eventos, que incluyen seminarios, congresos, charlas y conferencias, y lleva adelante un programa dedicado especialmente a estudiantes. IEA se sostiene con los fondos provenientes de estas actividades, más donaciones que recibe de individuos, compañías y fundaciones, pero no contrata trabajos, ni acepta dinero del gobierno ni de partidos políticos. Hacia fines de 1998, IEA tenía suscriptores en 55 países, ventas en más de 65, y a sus eventos habían concurrido participantes de más de 50 naciones.

Desde 1974, el IEA ha jugado un rol activo en el desarrollo de instituciones semejantes en todo el globo. Actualmente, existe una red mundial de más de un centenar de instituciones en cerca de 80 países. Todas son independientes pero comparten la misión de IEA (<www.iea.org.uk/record.jsp?type=page&ID=23> acceso 26 de marzo de 2004; traducción propia).

A los fines de este estudio, conviene tener en cuenta que IEA no reduce sus actividades a explicar “las ideas del libre mercado” en términos limitadamente económicos. Por el contrario, entre las áreas en las que fomenta actividades y/o las desarrolla por sí mismo se cuentan algunas otras que resultan significativas, como, por ejemplo, educación, ética, seguridad social, sociedad civil y ambiente.

Por su parte, la Atlas Economic Research Foundation ha definido que su visión es “alcanzar una sociedad de individuos libres y responsables, basada en los derechos de propiedad privada, gobierno limitado, bajo el respeto a las leyes y el orden del mercado”, y que su misión es la siguiente:

Descubrir, desarrollar y apoyar intelectuales emprendedores en el mundo que tengan el potencial de crear institutos independientes

de políticas públicas y programas relacionados, los cuales avancen nuestra visión, y proveer apoyo sostenido mientras esos institutos y programas maduran.

Entre las modalidades de trabajo de la Atlas Foundation se destacan: alentar a estos intelectuales e institutos a dedicarse a temas de políticas públicas que afiancen la visión de esta fundación; apoyar la diseminación de sus trabajos hacia actuales y potenciales líderes de opinión pública; estimular y proveer apoyo a los líderes y personal de estos institutos para que desarrollen habilidades gerenciales, de liderazgo y de obtención de fondos; alertar a estos institutos sobre oportunidades de obtención de fondos e informarlos acerca del trabajo de sus pares, a través de redes, publicaciones y eventos. “Atlas trabaja con más de 200 *think tanks* en 67 países. Más de la mitad de estas organizaciones en sus años formativos fueron asistidas por Atlas a través de apoyo financiero o asesoría” (<www.atlasusa.org/aboutatlas/index.php?refer=aboutatlas> acceso 12 de marzo de 2004; traducción propia).

Resulta interesante revisar la lista de 94 instituciones que han recibido apoyo directo de la Atlas Foundation y/o de Anthony Fisher, y que fueron incluidas en el apéndice de un libro significativamente titulado *Anthony Fisher: champion of liberty* (Frost, 2002: 179-261). Un dato de interés para este estudio, que surge de la información aportada por estas instituciones, es que, si bien temas como ambiente, sociedad civil, salud y educación forman parte de la agenda general de muchas de ellas, suelen enfocarse de manera prioritaria en alguno/s de esos cuatro temas, o bien en otros tales como promoción de la democracia, ciudadanía, privatización de empresas y servicios públicos, energía, biotecnología, desregulación de la publicidad de productos de tabaco, sistemas de pensiones, reformas impositivas y justicia (Frost, 2002: 179-261).

En relación con esto, también estimo interesante tener en cuenta que en 2001 la Atlas Economic Research Foundation, United Kingdom (que lleva el mismo nombre que la basada en Fairfax, Virginia, que analizamos en estas páginas, y que también fue fundada por Anthony Fisher, sólo que en Gran Bretaña), se transformó en una nueva institución llamada The International Policy Network. Significativamente, la palabra inglesa *network* se utiliza para referirse a “redes de trabajo”, sean más o menos estructuradas, mientras que *international policy*, en este caso, remite a políticas públicas internacionalmente relevantes. Destaco este aspecto por dos razones: una, porque en general las instituciones que forman parte de la *red* que venimos estudiando se precian de producir y/o difundir teorías y conocimientos prácticos destinados a la formulación de políticas públicas, o incluso, directamente, a la formulación y promoción de proyectos de leyes que expresen jurídicamente esas políticas; la otra, porque esta nueva institución se propone dar

apoyo logístico, y eventualmente también fondos, para crear instituciones en “países en desarrollo”, dedicadas a promover políticas públicas relativas a un cierto conjunto de temas, entre los que se destacan biotecnología, agricultura, degradación de suelos, seguridad alimentaria, salud pública, energía, privatización, protección ambiental y propiedad intelectual (Frost, 2002: 234). Los cruces y solapamientos entre estos temas y los antes señalados como propios de esta *red transnacional* de instituciones nos brindan no sólo un cierto perfil del universo temático de esta red, sino también una orientación acerca de en qué direcciones es de esperar que continúe creciendo.

Otra información llamativa es la que resulta de analizar la distribución geográfica de estas instituciones. Así, podemos observar que si bien la Atlas Foundation se plantea su misión a nivel mundial, y efectivamente así la desarrolla, ello no la obligó a desatender su trabajo dentro de EE.UU., su país sede, donde entre su labor y la llevada a cabo a nivel personal por Anthony Fisher nos encontramos con que son 42 las instituciones que han recibido apoyo. Adicionalmente, lo obtuvieron cinco instituciones en Canadá, once en Europa Occidental, siete en Europa Oriental, cinco en Asia, cuatro en el África subsahariana, una en Israel, una en Australia, una en Islandia, una en las Bahamas y dieciséis en América Latina. Este último grupo de instituciones incluye: tres en Argentina, la Escuela Superior de Economía y Administración de Empresas (ESEADE), la Fundación Libertad y la Fundación República para una Nueva Generación; una en Brasil, el Instituto Liberal; una en Chile, Libertad y Desarrollo; una en Colombia, la Fundación Desarrollo y Libertad (DL); dos en Costa Rica, la Asociación Nacional de Fomento Económico y el Instituto para la Libertad y el Análisis de Políticas; una en Ecuador, el Instituto Ecuatoriano de Economía Política; una en Guatemala, el Centro de Investigaciones Económicas Nacionales; dos en México, el Centro de Estudios en Educación y Economía y el Instituto Cultural Ludwig von Mises; tres en Perú, el Centro de Investigaciones y Estudios Legales, el Instituto Libertad y Democracia y el Instituto de Libre Empresa; y una en Venezuela, el Centro de Divulgación del Conocimiento Económico (CEDICE).

No puedo entrar en detalles aquí sobre las actividades de estas y otras instituciones relacionadas con la Atlas Foundation¹² en América Latina; por ello me limitaré a aclarar que todas estas instituciones promueven no sólo ideas, sino también políticas (neo)liberales, y ello no sólo en el ámbito económico, sino en otros como educación, salud, justicia, derechos civiles y políticos, por mencionar algunos. Un aspecto que resulta de especial interés para comprender la importancia de

12 Para ampliar información sobre el caso del CEDICE, ver Maldonado Fermín (2005).

sus prácticas es que casi todas estas instituciones buscan activamente incidir en la opinión pública en general a través de la prensa, y que, a la vez, muchas de ellas realizan importantes labores de formación de dirigentes empresariales, políticos y sociales, así como de economistas, periodistas y otros profesionales. Por otra parte, algunas de ellas no sólo impulsan formulaciones de políticas de manera general, sino que además elaboran proyectos de leyes y los distribuyen y promueven entre dirigentes empresariales, sociales y políticos, incluyendo parlamentarios, ministros y presidentes de sus respectivos países. Finalmente, de manera complementaria, puede resultar útil considerar que en 2004, como parte de sus actividades y gracias a una contribución de Sir John Templeton, la Atlas Foundation estableció el programa de Premios Templeton a la Excelencia en Promoción de la Libertad. En ese primer año del programa, más de 140 institutos de más de 50 países compitieron por cuatro primeros premios de 10 mil dólares y cuatro segundos premios de 5 mil dólares cada uno. Estos ocho premios se distribuyeron entre una institución basada en Canadá, dos basadas en India, dos en EE.UU., una en China, una en Perú (el Instituto Libertad y Democracia) y una en México (el Instituto Cultural Ludwig von Mises). Ese mismo año se otorgaron quince menciones especiales de reconocimiento a la excelencia, cada una acompañada de una donación de 5 mil dólares, a instituciones establecidas en Canadá, Ghana, India, Italia, Lituania, República Checa, Serbia, Eslovaquia, Sudáfrica, Turquía y cuatro países latinoamericanos. Estas últimas correspondieron a la Fundación Libertad (Argentina), el Instituto Ecuatoriano de Economía Política (Ecuador), el Instituto Libertad y Desarrollo (Chile) y el Centro de Divulgación del Conocimiento Económico (CEDICE de Venezuela) (<www.atlasusa.org/reports/tfa_2004winners.htm> acceso 26 de marzo de 2004).

Más allá de los nombres específicos de las instituciones galaronadas, lo que me interesa destacar aquí es que la creación de estos premios es un nuevo elemento consistente con la ya comentada visión de Hayek, cuando sugirió a Anthony Fisher que, para lograr el avance de las ideas liberales, lo más aconsejable era incidir en los intelectuales con argumentos sólidos, porque estos a su vez influirían en la opinión pública, y los políticos la seguirían.

Considero que el breve análisis presentado en estas páginas nos permite sacar algunas conclusiones respecto del modo de funcionamiento de las redes transnacionales de promoción de ideas (neo)liberales. En este sentido, a modo de breve síntesis, podríamos decir que, valiéndose de una diversidad de recursos, estas instituciones promueven activamente las ideas (neo)liberales, no sólo a través de los grandes medios de comunicación masiva (básicamente gráficos, pero también radiales y televisivos), sino de muy variadas redes sociales,

sean preexistentes o especialmente creadas. Estas incluyen públicos tales como empresarios, dirigentes políticos y sociales, líderes religiosos, estudiantes universitarios y de educación media, otros grupos de jóvenes, maestros de diversos niveles educativos, profesores universitarios, profesionales en diferentes campos y, en especial, economistas y periodistas, medios de comunicación masiva, industrias editoriales, entre otros. Entre los recursos más frecuentemente aplicados para lograr la producción y difusión de las ideas (neo)liberales que orientan el funcionamiento de estas redes, podemos mencionar la producción y difusión de publicaciones de diversa complejidad y alcance, incluyendo: trabajos de investigación, boletines de circulación menor y columnas en periódicos de gran tirada; conferencias, seminarios y actividades de formación en general; premios y competencias; becas y fondos para investigación; circulación de conferencistas, directivos y miembros de las organizaciones a través de las instituciones relacionadas; variados tipos de reuniones y encuentros sociales. En definitiva, estimo que se trata de una compleja y eficaz combinación de estrategias comunicativas que se despliegan a escala transnacional.

IDEAS PARA EL DEBATE Y ALGUNAS PROPUESTAS DE MÉTODO

Considero que los ejemplos analizados en este texto (tanto en las últimas secciones, dedicadas a diversos casos de producción transnacional de representaciones sociopolíticamente significativas, como también en las primeras, destinadas a los ejemplos de las maquiladoras, McDonald's y la industria de la telenovela) contribuyen a mostrar cómo "lo político", "lo cultural" y "lo económico" no constituyen campos autónomos discretos, sino aspectos parciales de la experiencia social, que resultan ser consecuencia de nuestras maneras de observar y analizar, a través de las cuales los construimos como objetos de estudio, y así, con frecuencia, tendemos luego a imaginarlos como si realmente tuvieran existencia independiente. Por ello, sostengo que no alcanza con analizar separadamente esos aspectos, sino que es necesario estudiar cómo se articulan, acudiendo para esto a estrategias de investigación transdisciplinarias, o interdisciplinarias, según nuestros intereses y posibilidades, o, cuanto menos, poniendo de relieve las limitaciones de nuestros análisis y dejando a la vista las posibilidades de articulación con estudios que sean producto de otras miradas unidisciplinarias.

Además, estimo que lo expuesto también contribuye a mostrar que aquello que llaman "globalización" no es producto de fuerzas sobrehumanas, no resulta del capricho de diosas y dioses creadores (demiurgos), sino de las prácticas de numerosos actores sociales que participan/mos en procesos sociales específicos. Aquello que llaman "globalización" no surge tan sólo de las acciones de gobiernos, orga-

nismos intergubernamentales (usualmente llamados internacionales) y organizaciones multilaterales (BM, FMI), sino también de lo que hacen organizaciones sociales diversas, incluso comunitarias, así como universidades, centros de investigación, organizaciones no gubernamentales de diversos tipos, movimientos sociales, etc.; de sus políticas, de nuestras políticas.

Por otra parte, considero que las semejanzas respecto de la importancia de las relaciones transnacionales que nos mostró el análisis de tres tipos de casos tan diferentes entre sí como los que hemos examinado en las últimas secciones de este texto (los relacionados con la producción de representaciones de identidades indígenas e ideas de cultura y desarrollo, ideas de sociedad civil e ideas (neo)liberales) sugieren que es plausible argumentar de manera más general que en los actuales *tiempos de globalización* la producción social de representaciones sociales de ideas políticamente significativas está marcada por *relaciones transnacionales* entre actores sociales. Los casos referidos brevemente en este texto indican que estos actores sociales son identificables. Y, si son identificables, entonces son *estudiables*, al igual que sus prácticas; por tanto, no existen razones para reemplazar el análisis de casos específicos por afirmaciones abstractas, de tipo retórico general, sobre los *procesos de globalización*, que no están sujetas a, ni enriquecidas por, el tratamiento de casos.

Como consecuencia de lo anterior, sostengo también que para comprender mejor los procesos sociales contemporáneos, más que limitar y/o centrar nuestro análisis a/en sociedades nacionales (como lo hacen los estudios sociológicos y politológicos convencionales), o a/en comunidades definidas local o étnicamente (como lo hacen los estudios antropológicos convencionales), o a/en las relaciones entre gobiernos (como lo hacen los análisis más convencionales de los estudios internacionales), necesitamos estudiar las articulaciones de tipo global-local, y en particular *las prácticas de los actores sociales articuladores* y los modos en que se relacionan entre sí; es decir, los *complejos transnacionales* en acción. La idea de *complejos* alude al carácter múltiple y entrecruzado de las redes de relaciones transnacionales entre actores sociales, que se organizan y sostienen de maneras relativamente estables a partir de sistemas de representaciones sociales compartidos. Si bien estas redes de relaciones existen y se sostienen por interés mutuo de sus participantes, a su interior pueden observarse relaciones de poder y conflictos de intereses y representaciones.

Estimo útil retomar aquí las declaraciones de Roberto Saba respecto de la influencia de las *agendas de los actores globales* en la formación de las *agendas de las organizaciones latinoamericanas*. Especialmente deseo destacar su señalamiento de que las agendas de los actores globales se forman en ciertos contextos sociales específicos,

que no son aquellos donde los vemos actuar en América Latina. Esta reflexión guarda relación con las de algunos dirigentes de organizaciones globales particularmente conscientes del papel que juegan dichas organizaciones. Por ejemplo, Thomas Carroll –quien al momento de la entrevista estaba dedicado al trabajo académico, pero que había sido funcionario del BID y de la Food and Agriculture Organization (FAO), y que ha llevado adelante numerosas misiones de campo para diversos actores globales– sostiene que “[si] quieren mantenerse en actividad, los donantes deben actuar de una manera tal que resulte satisfactoria para sus propios directorios y patrocinadores” (1992: 153; traducción propia).

Resulta interesante relacionar esta consideración con algunas de las ofrecidas por Richard Moseley-Williams –coordinador del Programa para América Latina y el Caribe de Oxfam-UK durante quince años, y que luego ocupara una posición semejante en la organización Action Aid– al indicar que las presiones provenientes del contexto y de las fuentes de fondos han sido crecientes en los últimos años.

Hoy en día, el panorama es más complicado. Los intereses institucionales de Oxfam por recaudar fondos, mantener un perfil destacado en los medios a los ojos del público británico, comparativamente con otras organizaciones, y adquirir influencia sobre las elites nacionales e internacionales son mucho más importantes que antes. Estos intereses ya no son secundarios respecto del trabajo en los programas, como se los consideraba anteriormente: en cambio, ahora son prioridades que, pese a las dificultades, deben ser colocadas en el mismo nivel de prioridad que los mandatos provenientes de los socios y beneficiarios del Sur (Moseley-Williams, 1994: 55; traducción propia).

Las declaraciones de Roberto Saba, Thomas Carroll y Richard Moseley-Williams nos ayudan a reflexionar sobre una cuestión de gran relevancia: *los actores globales no son entes desterritorializados* (ver Mato, 2006b), como frecuentemente se asume en numerosas interpretaciones sobre la así llamada globalización. Los actores globales existen, se representan la experiencia, producen discursos y actúan sobre ella en relación con contextos sociales específicos. En ocasiones, estos contextos corresponden a los de sociedades nacionales específicas, o a sectores sociales de ellas. En otras, a espacios sociales transnacionales que, de todos modos, ni son desterritorializados, ni son tan extensos como todos aquellos espacios del globo en los cuales ellos desarrollan sus prácticas. En uno u otro caso, los actores globales también están expuestos a lo que ocurre en los contextos sociales en los que actúan. Pero la toma de decisiones y la racionalidad desde la cual se decide no necesariamente se relacionan con los modos en que se representa la experiencia en esos espacios sociales de aplicación,

y, en cambio, sí se relacionan, necesariamente, con aquellos contextos en donde obtienen los fondos y se trazan los programas de acción.

En ocasiones, estos contextos resultan ser los de los gobiernos y esferas públicas de sociedades nacionales específicas, como por ejemplo, el caso de las agencias de cooperación bilateral para el desarrollo de algunos países. Por otra parte, si bien son independientes de los respectivos gobiernos, las organizaciones privadas también forman su discurso, sistema de representaciones y agendas en el contexto de las sociedades nacionales de aquellos países de donde obtienen sus fondos. Más aún, como lo señala Moseley-Williams, deben preocuparse en términos prácticos por su imagen pública en esos países. En los casos de organismos dependientes del sistema de Naciones Unidas, las representaciones, discursos y programas de acción emergen de complejos juegos de interacciones entre sus respectivas burocracias transnacionales y los representantes de gobiernos. Pero la experiencia indica que algunos gobiernos y/o comunidades profesionales provenientes de ciertos países, y/o formadas específicamente en ciertas universidades, tienen más peso que otros en la producción de representaciones, discursos institucionales y programas de acción. Estas asimetrías son especialmente significativas en los casos del BM y el BID, donde los representantes de los gobiernos de unos pocos países controlan el mayor número de votos, tanto en la toma de decisiones como en la designación de profesionales en puestos clave en la estructura, y en general en la orientación de estas instituciones, sus políticas y programas. En consecuencia, resulta que estas burocracias se componen mayormente de profesionales que estudiaron en unas pocas y emblemáticas escuelas de economía, relacionadas entre sí a través de redes institucionales. Ello asegura una cierta convergencia en las maneras de ver el mundo, no sólo al interior de estas burocracias, sino además con los economistas que, en especial desde los años setenta, han venido ocupando crecientes posiciones públicas de poder en países de América Latina, como he podido apreciar mediante mi trabajo de campo en esas y otras instituciones, y tal como lo verifican otros estudios (Babb, 2003; George y Sabelli, 1994; Gill y Law, 1988; Silva, 1994).

Antes de culminar, me parece necesario advertir explícitamente respecto de un asunto políticamente delicado, que se relaciona de manera directa con el tema de esta investigación. Se trata de la descalificación que no pocos gobiernos, frecuentemente, aplican a organizaciones indígenas, afrodescendientes, ambientalistas, de derechos humanos, “de la sociedad civil”, de promoción de ideas (neo)liberales, etc., arguyendo, a priori y sin pruebas, que por recibir fondos del exterior estarían al servicio de intereses extranjeros. El hecho de que una organización sostenga relaciones con otra/s del

exterior, sean estas de intercambio de ideas o recursos, o incluso de recepción y manejo de fondos, no necesariamente la sujeta a los mandatos de los donantes. Que acabara dándose algún tipo de dependencia podría deberse a diversos factores. En forma paradójica, la experiencia indica que un factor estimulante y significativo para que diversos tipos de organizaciones inicien y profundicen relaciones con organizaciones y gobiernos extranjeros ha sido, precisamente, la práctica de no pocos gobiernos de excluir y eventualmente perseguir a estas organizaciones, o a sus miembros y/o intereses y grupos de población que de un modo u otro representan.

Los estudios que he realizado sobre redes transnacionales de actores sociales me han permitido observar que cada uno de los actores participantes en estas redes persigue sus propios intereses, relacionados con sus propias interpretaciones de la experiencia social en su ámbito local o nacional y en el mundo. Es sobre esta base que establece ciertas alianzas y no otras. Entre actores transnacionales y locales se dan convergencias y divergencias, asociaciones, negociaciones y conflictos. Los casos que he estudiado muestran aprendizajes mutuos, coproducciones, préstamos culturales, transacciones de conveniencia y otras formas de negociación, o de conflicto y resistencias, entre los intereses de unos y otros. Desde luego, como en parte lo ilustra este texto, todo ello ocurre en el marco de significativas diferencias de recursos (económicos, organizativos, de acceso a información, para la difusión, de manejo de redes de relaciones, de apoyos gubernamentales y otros) que favorecen a los actores transnacionales y globales. Como, además, todos los actores transnacionales y globales, por su propia misión institucional, tienen intereses de difusión de sus propias representaciones de las ideas que dan *sentido* a sus prácticas, entonces trabajan activamente en la producción de formas de *sentido común* en torno a ellas. Suelen hacerlo tanto mediante la producción y circulación de información organizada en torno a ellas, como a través de la promoción de redes y encuentros en los que quienes participan comparten la información así producida. Es así como construyen *hegemonía* en torno a sus representaciones, a través de su *naturalización*, por la producción de un cierto sentido común, no por la vía de la imposición, sino, en todo caso, por las de la impregnación de sentido. Lo importante es que estas formas no-impulsivas poseen mayor y más sostenida eficacia simbólica que las de carácter impositivo.

Mi interés al desarrollar estos estudios no se limita a constatar que existiría un cierto sentido común, que cabría asumir como universalmente hegemónico, sino estudiar cómo se construyen ciertas *formas y elementos específicos* de sentido común que orientan las prácticas de actores sociales que resultan ser significativos por los papeles que juegan en algunas transformaciones sociales contemporáneas. Las formas

de representarse las experiencias sociales que tienen los diferentes actores sociales constituyen su sentido común respecto de asuntos específicos. En cualquier sociedad nacional, en cualquier momento de su historia, el sentido común no es unívoco; existen diversas corrientes de producción de sentido y existen distintos –digamos– circuitos sociales de producción y comunicación de sentido, o, de una manera abreviada, *circuitos sociocomunicativos*. Esta diversidad es aún más amplia si consideramos la cuestión a escala mundial. Al construir sus propias identidades sociales y producir su sentido común desde diversas perspectivas, los actores participan en conflictos de sentido, negociaciones y disputas, que son parte de estos procesos de construcción de sentido. En el mundo contemporáneo, estos procesos ocurren cada vez con más frecuencia a escala mundial.

A propósito de lo anterior, entiendo que resulta muy valiosa la reflexión que me ofreciera César Montufar, quien, como dijéramos, es director ejecutivo de la organización ecuatoriana Participación Ciudadana y un reconocido investigador en el tema de asistencia internacional para el desarrollo. Al desempeñarse como observador electoral de una misión del NDI en Yemén y como visitante observador de las experiencias de Participación Ciudadana de República Dominicana, descubrió, con cierto asombro, la extraordinaria similitud entre los proyectos impulsados por ellos en Ecuador y los promovidos por las organizaciones relacionadas en esos otros dos países. Sin embargo, como él mismo señalaba, “nosotros nunca hemos recibido una presión de ningún tipo para desarrollar los proyectos que desarrollamos”, ni tampoco se dio el caso de que “vimos lo que ellos estaban haciendo y lo copiamos”. No se trata de nada de lo anterior, sino que “es una internalización de valores, un compartir valores comunes [...] Tendemos como a la construcción de un sentido compartido” (Entrevista, 22 de julio de 2003).

En todo caso, dada la diversidad de visiones del mundo e intereses en juego, considero que es sobre la base de estudios de casos, que combinen el análisis a escalas micro y macro, que debemos estudiar cómo la producción de ciertas representaciones sociales que desempeñan roles significativos en tanto articuladoras de sentido de las prácticas de organizaciones y movimientos sociales es marcada, de diversas maneras, por relaciones transnacionales con participación de actores locales y transnacionales. Sin embargo, reitero, se trata de estudiar cómo ocurre esto sobre la base de estudios de casos, y no intentando explicar las transformaciones sociales contemporáneas mediante un trabajo intelectual de tipo meramente especulativo que parte de unas cuantas premisas.

Para finalizar, quisiera plantear algunas consideraciones adicionales acerca de la idea de *desterritorialización*. Calificar de *desterritorializado* a un fenómeno o proceso, no sólo sin pruebas, sino también

sin mayores especificaciones, y, una vez afirmado ello, utilizar este supuesto atributo “objetivo” del fenómeno o proceso como base para continuar argumentando –sea que lo haga el mismo u otro autor que cita al primero como toda prueba–, conlleva el peligro de acabar asumiendo que los contextos locales o nacionales serían irrelevantes frente a los fenómenos o procesos que se califican de desterritorializados. Es decir, que carecerían de referencias territoriales significativas. Frente a la ascendente importancia de esta moda académica y mediática, me parece necesario enfatizar que el hecho de que un fenómeno o proceso deje de responder exclusivamente a referentes territoriales inmediatos y comience a estar, o sea crecientemente, o aun determinadamente, marcado por actores, fenómenos o procesos relacionados con otros espacios territoriales, incluso muy alejados geográficamente, no implica de ningún modo que tal proceso o fenómeno resulte des-territorializado, sino en todo caso “re-territorializado”, “trans-territorial/izado” o “multi-territorializado”. Porque, en cualquier caso, esos otros actores sociales, fenómenos o procesos de carácter –digamos– foráneo que resultan significativos de ningún modo están flotando en el espacio sideral. Muy por el contrario, se vinculan con fenómenos o procesos que tienen lugar en otros contextos territoriales más o menos específicos, por múltiples y diversos que estos sean (ver Mato, 2006b).

Es por ello que sostengo la necesidad de abordar nuestros estudios con mirada “transnacional”, es decir, atendiendo a lo que ocurre no sólo dentro de un cierto territorio, como quiera que se lo defina, sino más allá de este, también en otros, a través de varios territorios. Y sin asumir, excepto frente a pruebas contundentes, que habría procesos que se dan fuera de todo territorio –que sería a los cuales, en caso de comprobar su existencia, cabría llamar desterritorializados. Los actores que en este y otros textos, según los casos, llamo globales o transnacionales no son desterritorializados. En ciertas oportunidades, sus formas de interpretar la experiencia social e intervenir en ella responden de manera directa a las de los gobiernos de algunos países en particular (en general “del Norte”). En otras, responden a algunas tendencias sociales específicas en esos mismos países, sean estas hegemónicas o contrahegemónicas, o, en cualquier caso, están expuestas de manera directa a los conflictos, tensiones y negociaciones que en esas sociedades se plantean. Y, en otras, responden a los conflictos, tensiones y negociaciones que se producen entre diferentes, y en ocasiones contrapuestas, visiones en el seno de organismos internacionales o multilaterales; estas, a su vez, responden también a interpretaciones y prácticas territorialmente referidas, como, por ejemplo, a los diversos espacios nacionales significativos para los –digamos– portadores de esas visiones, o a los de las universidades en las que se formaron los funcionarios en cuestión, que tampoco son desterritorializadas. Pero además, en todos los casos,

las representaciones y prácticas de estos actores transnacionales o globales entran en relación con las de los diversos actores propios de los contextos locales y nacionales en que actúan. Por estas razones, sobre las cuales he argumentado más extensamente en otra publicación, sostengo que el uso de la expresión *desterritorialización* resulta inapropiado (ver Mato, 2006b).

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez, Sonia; Dagnino, Evelina y Escobar, Arturo (eds.) 1998 *Cultures of politics, politics of cultures* (Boulder: Westview Press).
- Antrobus, Peggy 1987 "Funding for NGOs: issues and options" en *World Development*, Vol. 15.
- Appadurai, Arjun 1996 *Modernity at large. Cultural dimensions of globalization* (Minneapolis: University of Minnesota Press).
- Arizpe, Lourdes 2001 "Cultura, creatividad y gobernabilidad" en Mato, Daniel (comp.) *Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización* (Buenos Aires: CLACSO).
- Babb, Sarah 2003 *Proyecto México. Los economistas del nacionalismo al neoliberalismo* (México DF: Fondo de Cultura Económica).
- Babb, Sarah 2005 "Del nacionalismo al neoliberalismo. El ascenso de los nuevos *Money Doctors* en México" en Mato, Daniel (coord.) *Políticas de economía, ambiente y sociedad en tiempos de globalización* (Caracas: Universidad Central de Venezuela).
- Bachelard, Gastón 1976 (1948) *La formación del espíritu científico* (México DF: Siglo XXI).
- Benessaieh, Afef 2004 "¿Civilizando la sociedad civil? La cooperación internacional en Chiapas durante los años noventa" en Mato, Daniel (coord.) *Políticas de ciudadanía y sociedad civil en tiempos de globalización* (Caracas: Universidad Central de Venezuela).
- Benjamin, Walter 1968 (1936) "The work of art in the age of mechanical reproduction" en *Illuminations* (Nueva York: Schocken Books).
- BID 1994 *Summary report of the Conference on Strengthening Civil Society* (Washington DC).
- Bradley Jr., Robert L. 2003 *Climate alarmism reconsidered* (Londres: Institute of Economic Affairs/Profile Books).
- Brecher, Jeremy; Costello, Tim y Smith, Brendam 2000 *Globalization from below. The power of solidarity* (Cambridge: South End Press).
- Bruner, M. Lane 2002 "Taming 'wild' capitalism" en *Discourse & Society* (Londres: Sage) Vol. 13, N° 2.
- Brysk, Alison 2000 *From tribal village to global village. Indian rights and international relations* (Stanford: Stanford University Press).

- Carr, Thomas; Pedersen, Heather y Ramaswamy, Sunder 1993 "Rain forest entrepreneurs" en *Environment*, Vol. 35, N° 7.
- Carroll, Thomas 1992 *Intermediary NGOs: the supportive link in grassroots development* (West Hartford: Kumarian Press).
- Chen, Kuan-Hsing 2003 "Civil society and Min-Jian: on political society and popular democracy" en *Cultural Studies*, Vol. 17, N° 6.
- Chirif Tirado, Alberto; García Hierro, Pedro y Chase Smith, Richard 1991 *El indígena y su territorio son uno solo* (Lima: COICA-Oxfam America).
- Civitas 1995 *Strengthening citizenship and civic education, East and West: conference proceedings* (Praga: Civitas).
- Cohen, Jean L. y Arato, Andrew 2000 (1992) *Sociedad civil y teoría política* (México DF: Fondo de Cultura Económica).
- COICA 1989 "La COICA por el futuro de la Amazonia", Coordinadora de las Organizaciones Indígenas de la Cuenca Amazónica, Lima, mimeo.
- Comaroff, John y Comaroff, Jean 1999 *Civil society and the political imagination in Africa. Critical perspectives* (Chicago: University of Chicago Press).
- Conklin, Beth y Graham, Laura 1995 "The shifting middle ground: Amazonian Indians and eco-politics" en *American Anthropologist* (American Anthropological Association) Vol. 97, N° 4.
- Dagnino, Evelina 2004 "Sociedade civil, participação e cidadania: de que estamos falando?" en Mato, Daniel (coord.) *Políticas de ciudadanía y sociedad civil en tiempos de globalización* (Caracas: Universidad Central de Venezuela).
- Dalmagro, María Cristina 2000 "Trabajo final del seminario de posgrado Estudios Culturales Latinoamericanos: investigaciones sobre cultura y política en América Latina y dilemas de su institucionalización", Universidad Nacional de Córdoba, Argentina, mimeo.
- Escobar, Arturo 1998 (1996) *La invención del Tercer Mundo: construcción y deconstrucción del desarrollo* (Bogotá: Norma).
- Featherstone, Mike (ed.) 1990 *Global culture: nationalism, globalization and modernity* (Londres: Sage).
- Friedman, Milton 1962 *Capitalism and freedom* (Chicago: University of Chicago Press).
- Friedman, Milton 1994 "Introduction to the Fiftieth Anniversary Edition" en Hayek, Frederich *The road to serfdom* (Chicago: University of Chicago Press).
- Friedman, Milton 2002 "Foreword" en Frost, Gerald *Anthony Fisher: champion of liberty* (Londres: Profile Books).
- Frost, Gerald 2002 *Anthony Fisher: champion of liberty* (Londres: Profile Books).

- García Canclini, Néstor 1995 *Consumidores y ciudadanos: conflictos multiculturales de la globalización* (México DF: Grijalbo).
- García Canclini, Néstor 1999 *La globalización imaginada* (México DF: Paidós).
- García Canclini, Néstor 2001 “Definiciones en transición” en Mato, Daniel (comp.) *Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización* (Buenos Aires: CLACSO).
- Garretón, Manuel (coord.) 1999 *América Latina: un espacio cultural en un mundo globalizado* (Bogotá: Convenio Andrés Bello).
- George, Susan y Sabelli, Fabrizio 1994 *Faith and credit: the World Bank's secular empire* (Boulder/San Francisco: Westview Press).
- Gherzi, Enrique 2004 “El mito del neoliberalismo” en *Estudios Públicos* (Santiago de Chile: Centro de Estudios Públicos) N° 95.
- Gill, Stephen y Law, David 1988 *The global political economy. Perspectives, problems, and policies* (Baltimore: The Johns Hopkins University Press).
- Green, Linda 1995 “La localización de lo global: cambios en las experiencias de espacio social, tiempo y lugar en las comunidades mayas de Guatemala”, Universidad Central de Venezuela, Caracas, mimeo.
- Hayek, Frederich 1994 (1944) *The road to serfdom* (Chicago: University of Chicago Press).
- Horkheimer, Max y Adorno, Theodor 1979 (1947) “La industria cultural” en AA.VV. *Industria cultural y sociedad de masas* (Caracas: Monte Ávila).
- Horkheimer, Max y Adorno, Theodor 1991 *Dialéctica del Iluminismo* (Buenos Aires: Sur).
- Interamerican Development Bank 1994 *Summary report of the conference on strengthening civil society* (Washington DC: Interamerican Development Bank).
- Janssens, Armando 1996 “Comentarios” en Mato, Daniel; Montero, Maritza y Amodio, Emanuele (coords.) *América Latina en tiempos de globalización: procesos culturales y cambios sociopolíticos* (Caracas: UNESCO/Asociación Latinoamericana de Sociología/UCV).
- Keck, Margaret y Sikkink, Kathryn 1998 *Activists beyond borders. Advocacy networks in international politics* (Ítaca: Cornell University Press).
- Keohane, Robert y Nye, Joseph (eds.) 1971 *Transnational relations and world politics* (Cambridge: Harvard University Press).
- Liggio, Leonard 2002 “Anthony Fisher: champion of liberty. A world of ideas” en *Atlas Investor Report* (Fairfax: Atlas Economic Research Foundation) Special Year-in-Review Issue, otoño.

- Maldonado Fermín, Alejandro 2005 “Instituciones clave en la producción y circulación de ideas (neo)liberales en Venezuela” en Mato, Daniel (coord.) *Políticas de economía, ambiente y sociedad en tiempos de globalización* (Caracas: Universidad Central de Venezuela).
- Maldonado, Luis 2003 “Ciudadanía, desarrollo y cooperación internacional en tiempos de globalización. Una visión autocrítica sobre el movimiento indígena en el Ecuador”. En <www.globalcult.org.ve/doc/EntrLuisMaldonado.htm>.
- Martín Barbero, Jesús y Ochoa-Gautier, Ana María 2001 “Políticas de multiculturalidad y desubicaciones de lo popular” en Mato, Daniel (comp.) *Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización* (Buenos Aires: CLACSO).
- Mastnak, Tomaz 1995 “The concept and politics of civil society: the East European experience”, Sloven Academy of Sciences and Arts, mimeo.
- Mato, Daniel 1995 *Crítica de la modernidad, globalización y construcción de identidades en América Latina y el Caribe* (Caracas: Universidad Central de Venezuela).
- Mato, Daniel 1998 “The transnational making of representations of gender, ethnicity and culture: indigenous peoples’ organizations at the Smithsonian Institution’s Festival” en *Cultural Studies*, Vol. 12, N° 2.
- Mato, Daniel 1999 “Telenovelas: transnacionalización de la industria y transformaciones del género” en García Canclini, Néstor y Moneta, Carlos Juan (coords.) *Las industrias culturales en la integración latinoamericana* (México DF: Grijalbo).
- Mato, Daniel 2001 “Producción transnacional de representaciones sociales y transformaciones sociales en tiempos de globalización” en Mato, Daniel (comp.) *Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización* (Buenos Aires: CLACSO).
- Mato, Daniel 2002a “All industries and forms of consumption are cultural. A critique of the ideas of ‘cultural industries’ and ‘cultural consumption’”. En <www.nyu.edu/gsas/dept/latin/All%20Industries%20Are%20Cultural.pdf>.
- Mato, Daniel 2002b “Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder” en Mato, Daniel (coord.) *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder* (Caracas: CLACSO/ UCV).
- Mato, Daniel 2002c “Transnacionalización de la industria de la telenovela, referencias territoriales y producción de mercados y representaciones de identidades transnacionales” en Álvarez, Marcelo y Lacarrieu, Mónica (eds.) *(Indi)Gestión Cultural* (Buenos Aires: La Crujía).

- Mato, Daniel 2004a *Actores globales, organizaciones indígenas, antropólogos y otros profesionales en la producción social de representaciones de "cultura y desarrollo" en el Festival of American Folklife de la Smithsonian Institution* (Caracas: Centro de Investigaciones Postdoctorales, CIPOST-Universidad Central de Venezuela) Colección Monografías, N° 13.
- Mato, Daniel 2004b "Redes transnacionales de actores globales y locales en la producción de representaciones de ideas de sociedad civil" en Mato, Daniel (coord.) *Políticas de ciudadanía y sociedad civil en tiempos de globalización* (Caracas: Universidad Central de Venezuela).
- Mato, Daniel 2005 "Redes de *think tanks*, fundaciones, empresarios, dirigentes políticos y sociales, economistas, periodistas y otros profesionales en la promoción de ideas (neo)liberales a escala mundial" en Mato, Daniel (coord.) *Políticas de economía, ambiente y sociedad en tiempos de globalización* (Caracas: Universidad Central de Venezuela).
- Mato, Daniel 2006a *Identidades transnacionales en tiempos de globalización: el caso de la identidad latina (estadounidense)-latinoamericana* (Caracas: CIPOST-UCV) Colección Monografías, N° 33.
- Mato, Daniel 2006b "Una crítica de la idea de 'desterritorialización' y otras afines, basada en estudios de casos sobre procesos de globalización" en Herrera Gómez, Diego y Piazzini, Carlo Emilio (eds.) *(Des)territorialidades y (no)lugares. Procesos de configuración y transformación social del espacio* (Medellín: Instituto de Estudios Regionales/Universidad de Antioquia).
- Mattelart, Armand y Piemme, Jean-Marie 1982 "Las industrias culturales: génesis de una idea" en AA.VV. *Industrias culturales: el futuro de la cultura en juego* (México DF: Fondo de Cultura Económica/ UNESCO).
- Mijares, María Martha 2004 "Ciudadanía, sociedad civil, redes sociales o el constante reacomodo a los nuevos términos. ¿Debemos aprender a hablar de nuevo?" en Mato, Daniel (coord.) *Políticas de ciudadanía y sociedad civil en tiempos de globalización* (Caracas: Universidad Central de Venezuela).
- Moghadam, Valentine M. 2000 "Transnational feminist networks: collective action in an era of globalization" en *International Sociology*, Vol. 15, N° 1.
- Monsiváis, Carlos 1987 *Entrada libre. Crónicas de la sociedad que se organiza* (México DF: Era).
- Montufar, César 2002 *Hacia una teoría de la asistencia internacional para el desarrollo. Un análisis desde su retórica* (Quito: Centro Andino de Estudios Internacionales/Universidad Andina Simón Bolívar/Corporación Editora Nacional).

- Moseley-Williams, Richard 1994 "Partners and beneficiaries: questioning donors" en *Development in practice*, Vol. 4, N° 1.
- Ochoa-Gautier, Ana María 2002 "Políticas culturales, academia y sociedad" en Mato, Daniel (coord.) *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder* (Caracas: CLACSO/UCV).
- Olvera, Alberto (coord.) 2003 *Sociedad civil, esfera pública y democratización en América Latina: México* (México DF: Universidad Veracruzana/Fondo de Cultura Económica).
- Participación Ciudadana Ecuador 2003 *El poder de una ciudadanía informada. Elecciones 2002: crónica de una experiencia* (Quito: Corporación Participación Ciudadana Ecuador).
- Peña, Devon 1997 *The terror of the machine: technology, work, gender & ecology on the US-Mexico border* (Austin: CMAS Books/The Center for Mexican American Studies/The University of Texas).
- Red de Solidaridad de la Maquila 1995 "Maquilas y zonas francas" en *Archivos del Centro de Recursos*. En <www.maquilasolidarity.org/espanol/recursos/maquilas/s5maq.htm>.
- Reygadas Robles Gil, Rafael 1998 *Abriendo veredas: iniciativas públicas y sociales de las redes de organizaciones civiles* (México DF: Convergencia de Organismos Civiles por la Democracia).
- Reygadas, Luis 2002 *Ensamblando culturas. Diversidad y conflicto en la globalización de la industria* (Barcelona: Gedisa).
- Rogers, Mark 1996 "Beyond authenticity: conservation, tourism, and the politics of representations in the Ecuadorian Amazon" en *Identities*, Vol. 3, N° 1-2.
- Roitter, Mario M. 2004 "El tercer sector como representación topográfica de sociedad civil" en Mato, Daniel (coord.) *Políticas de ciudadanía y sociedad civil en tiempos de globalización* (Caracas: Universidad Central de Venezuela).
- Sabino, Carlos 1991 *Sobre el neoliberalismo, la historia, los mitos, los principios* (Caracas: CEDICE).
- Sabino, Carlos 1999 *Liberalismo y utopía* (Caracas: CEDICE).
- Salamon, Lester; Anheier, Helmut; List, Regina; Toepler, Stefan; Wojciech Sokolowski, S. et al. 1999 *La sociedad civil global. Las dimensiones del sector no lucrativo* (Bilbao: Fundación BBVA).
- Schuurman, Frans y Heer, Ellen 1992 *Social movements and NGOs in Latin America* (Saarbrücken: Verlag Breitenbach).
- Seoane, José y Taddei, Emilio (comps.) 2001 *Resistencias mundiales (de Seattle a Porto Alegre)* (Buenos Aires: CLACSO).
- Silva, Patricio 1994 "Technocrats and politics in Chile: from the Chicago Boys to the CIEPLAN Monks" en Drake, Paul (ed.) *Money doctors, foreign debts, and economic reforms in Latin America* (Wilmington: Scholarly Resources Inc.).

- Therborn, Göran 1999 *Globalizations and modernities: experiences and perspectives of Europe and Latin America* (Estocolmo: FRN/Swedish Council for Planning and Coordination of Research).
- Therborn, Göran 2000 "Globalizations: dimensions, historical waves, regional effects, normative governance" en *International Sociology*, Vol. 15, N° 2.
- Tussie, Diana (comp.) 1997 *El BID, el Banco Mundial y la sociedad civil: nuevas formas de financiamiento internacional* (Buenos Aires: FLACSO).
- Villalobos, Carlos Luis 2005 "El petróleo como negocio" en Mato, Daniel (coord.) *Políticas de economía, ambiente y sociedad en tiempos de globalización* (Caracas: Universidad Central de Venezuela).
- Yúdice, George 1997 *Globalización de la cultura y nueva sociedad civil* (Caracas: CIPOST).
- Yúdice, George 1999 "La industria de la música en la integración América Latina-Estados Unidos" en García Canclini, Néstor y Moneta, Carlos J. (coords.) *Las industrias culturales en la integración latinoamericana* (Buenos Aires: EUDEBA).
- Zarco Mera, Carlos y Reygadas Robles Gil, Rafael (coords.) 2002 *Incidencia pública de las organizaciones civiles en México* (México DF: Consejo de Educación de Adultos de América Latina).
- Zghal, Abdelkader y Ouederni, Ahmed Ladh 1997 "Les enjeux politiques et épistémologiques de la réactivation et de la circulation transsociétale et transculturelle du concept de société civile", mimeo.